

62.^a REUNION. CONTINUACION DE LA 5.^a SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. ELISEO CANTON

Diputados presentes: Acosta, Agote, Alvarez (A.), Anchorena, Avellaneda, del Barco, Beltrán, Bouquet, Bréard, Calvo, Cárcano, Carlés (C.), Carlés (M.), Castañeda Vega, Cernadas, Conforti, Correa, Costa, Crouzeilles, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheocopar, Etcheverry, Ferrer, Fournouge, Fraga, Freire, Frías, Galigüana Segura, García, García González, García Vicyra, Goenaga, González Bonorino, Guasch Leguizamón, Guevara, Hernández, Iriondo, Iturbe, Lacasa, Lassaga, Lavié, Lezica, López (P. C.), López Mañán, Loza, Lubary, Luro (P. O.), Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Moyer Pellegrini, Molina (E.), Molina (M.), Montes de Oca, Moyano (F. J.), Mugica, Oliver, Olivera (B.), Olivera (G. P.), Olmedo, Padilla (E. E.), Padilla (M. M.), Parera (F. M.), Parera (R. A.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pera, Pérez Virasoro, Pinedo, Revilla, Roca, Rodríguez Jurado, Ruiz Moreno, Santamarina, Varela, Vega, de la Vega, Vernazza, Voces Giménez, Zambrano. — **Ausentes con licencia:** Bengolea, Candiotti, Gómez, Gonnert, López (M. E.), Ortiz. — **Con aviso:** Alsina, Ayarragaray, Bonifacio, Carranza, Cordero, Maza, Paz (M.), Rivas, Saavedra Lamas, Serrey, Sosa Carreras, Tenreiro, Terán. — **Sin aviso:** Alvarez (J. M.), Arias, Bejarano, Calderón, Castex, Garrido, Leiva, Moreno, Moyano (R.), Pinasco, Vergara.

SUMARIO N.º 62

1

Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de reforma de ley electoral.

—En Buenos Aires, á 17 de noviembre de 1911, el señor presidente declara reabierta la sesión á las 4 y 25 p. m., con asistencia del señor ministro del interior doctor Indalecio Gómez.

1

LEY ELECTORAL

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor diputado Carlés.

Sr. Carlés (M.)—Felizmente, la mayoría se ha puesto de acuerdo en el argumento central de la discusión. Nos

hemos resignado á reconocer que los sistemas electorales discutidos se encuentran amparados por la Constitución. Corresponde, pues, que la política, la buena política, averigüe el sistema que corresponde aplicar á las circunstancias.

Como una antigua teogonía pinta en el último día del mundo á Luzbel solo, descansado, con las alas replegadas, dominando sobre los escombros de los mundos extinguidos, así la prosperidad nacional contempla la política de pie, sobre las ruinas de las verdades muertas, á la expectativa de una nueva era y con el alma ansiosa de virtudes y esperanzas cívicas...

Todo, todo se ha transformado en nuestro país, á impulsos de un progreso irresistible: la economía de las industrias, las normas financieras, los métodos escolares, el concepto individualista

de nuestra sociedad, y hasta el provinciano se aporteoó, ya que el porteño es nacionalista. Todo se ha transformado, señor presidente, menos la política de nuestros políticos, que continúa retardataria y rutinera.

Si la política es la moral social en acción, a medida que nuestra sociedad ha evolucionado hacia su perfeccionamiento constante, ha debido la política variar sus moldes, adecuándolos a las recientes necesidades suscitadas por nuestra mayor civilización. Pero no, señor presidente! Un atavismo pampa, adherido al alma nacional, como la hiedra al muro, parece forzarnos a mirar constantemente al pasado, ennegreciendo el juicio cuya claridad necesitamos para contemplar la actualidad y resolver los problemas del trabajo y del bienestar futuros.

Paréceme que una tal escuela legitimista, imbuída de una suerte de fatalismo histórico, nos hiciera negligentes para conocernos a nosotros mismos.

Empeñados en seguir las tradiciones de las viejas civilizaciones europeas, iniciadas en los simulacros de la democracia, nos olvidamos de que esas civilizaciones se encuentran todavía atadas a vínculos de un feudalismo indomable.

Queremos seguir teorías extranjeras, teorías sustentadas por un triste escepticismo, cuya experiencia del mundo les hace conocer el envilecimiento inevitable de las voluntades por la acción invencible de la miseria de su medio ambiente.

Parece que aun subsistieran entre nosotros, restos de una idolatría atávica en su doble aspecto de ídolo-caudillo y de ídolo-riñas por las formas, que no dice nada en nuestros tiempos y en nuestro país sin tradiciones aristocráticas. Debemos, pues, dejar morir lo que debe morir, cumpliéndose el destino de las cosas, para que desembarazados de pesos inútiles, podamos iniciar la era de los sentimientos redentores, de la política profundamente humana, que consiste en que cada cual descubra su propia cumbre, ó sea que cada cual use de su trabajo y goce del bienestar a su modo.

De manera, que si pretendemos resolver el problema electoral, debe ser siguiendo los mismos métodos que los pro-

gresos nacionales han seguido para triunfar. Para que la tierra argentina diera con amor y abundantemente, en proporciones fantásticas, a cambio del pequeño esfuerzo del trabajador, fué necesario cambiar el arado de palo por el arado de reja. Para que nuestra política sea lo que debe ser, es necesario que renunciemos a la malicia del chiripá, que hizo el contento de nuestros abuelos.

Y es perseverar en esa malicia, pretender resolver los problemas sociales contemporáneos con el mismo criterio en que se sustentaba el absolutismo colonial, el cesarismo montonero, el centralismo del 53 al 60 y el personalismo de los penúltimos tiempos, todo ello con acre olor a polilla y a sangre! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Es necesario, señores diputados, que encontremos los medios para resolver esos problemas. Creo que hemos cometido el error de pretender solucionarlos, preocupándonos exclusivamente de conocer sus efectos, cuando lo que nos corresponde es averiguar el origen, la causa, la evolución del derecho electoral, que, como toda institución humana, es la fuerza organizada por el buen sentido, es la acción acumulada por las generaciones a través del tiempo; el tiempo, que es el supremo genio creador, que lleva en sí la suprema energía: la paciencia.

Es necesario que nos conozcamos a nosotros mismos para que así podamos aplicarnos los sistemas correspondientes a nuestras necesidades.

Cada índole de pueblo determina el carácter de sus instituciones. Así, la índole metafísica alemana explica su militarismo; la índole utilitaria de los ingleses, determina su industrialismo; el espíritu idealista de los franceses, sus tendencias hacia la socialización de estado.

Nuestros precursores, que con ser héroes eran hombres prudentes, en todos los ensayos de la época marcaron la índole de nuestro pueblo, sintetizada en el evangelio que yo llamo de las tres palabras: vivir, dejar vivir y ayudar a vivir a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino. Por haberse cumplido esa promesa, durante un siglo, llegan diariamente millares de trabajadores que pueblan y di-

funden la civilización en la enorme extensión de nuestro territorio.

Si la índole de nuestro pueblo es, por tanto, esencialmente humanitaria, sus instituciones deben responder a un individualismo práctico. ¿Cómo se ha desarrollado este individualismo entre nosotros? Pocas palabras bastarán para explicarlo.

Durante un siglo, la preocupación de todos nuestros hombres políticos, de todos nuestros estadistas fué establecer el orden, consolidar el respeto a la autoridad, organizar el gobierno; sintetizada en el apotegma de Mariano Moreno, «que todos los ciudadanos obedezcan respetuosamente a los magistrados, para que los magistrados eiegamente cumplan con la ley.» Ya Rivadavia, que peregrinó con una cultura a cuestas, abnegadamente procuró estatuir el orden; ya el general Mitre, organizó políticamente el gobierno; ya Sarmiento genialmente luchó desde la prensa y en el gobierno, como enérgico para mantener el respeto a la autoridad; ya Avellaneda contribuyó a cimentarlo; ya el general Roca, por último, lo fortaleció después del 80.

Nadie duda en este momento que el pensamiento central de la organización argentina debe ser el respeto a la autoridad. La autoridad en nuestro tiempo es un dogma y los dogmas no se discuten.

Al ideal del orden sucedió el ideal del bienestar. Nuestra República contemporánea es ya visible en todo el mundo, y el mundo lo reconoce: es el mayor desenvolvimiento de la personalidad individual y colectiva, dentro de la ley moderadora y justa que considera al hombre como sujeto activo de derecho, pasible de obligaciones, elemento de trabajo y sujeto de progreso. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Tenemos, así, perfectamente caracterizadas las dos épocas de la evolución argentina: el estatismo tradicional; el individualismo del presente. El estatismo, para satisfacer tuvo que emplear sistemas electorales de relación,—de relación del estado para con el individuo. El individualismo contemporáneo debe también tener sus formas, deben ser formas, no de relación, sino de comunión—de comunión del individuo para con el Estado.

¿Cuál es la forma electoral que determina el sistema de relación? La lista. ¿Cuál es el sistema que determina lógica y necesariamente la comunión del elector para con el representante? El voto uninominal, el voto por circunscripción.

Luego, todo criterio, toda tendencia que funde la lista, evoca el pasado, contradice el presente y estorba el cumplimiento de los destinos manifestos de la Nación. ¿Por qué? Contestaré con el resumen histórico de discursos anteriores: porque la lista tuvo su razón natural é histórica en épocas cauducas.

La lista es la expresión de un provincialismo taimado, sostenido a impulsos de un federalismo pasionario, que encontró normas en la letra muerta de una interpretación retardataria de la Constitución. La lista fué el pendón levantado por las comarcas rebeldes contra el gobierno centralizador; porque la lista fué la condición impuesta por el desierto y la barbarie a los poblados y a la civilización, porque el voto de la lista es el voto violento, hostil y egoísta de la oligarquía acaparadora, encerrada en su fortaleza sin puertas ni ventanas al exterior, en cuyas calles bulle, silba y conspira la oposición con iras ulceradas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Dos siglos y medio de aislamiento colonial y los treinta y dos años del virreynato de 1776, no bastaron para atenuar el espíritu lugareño de las localidades que bosquejaban sus núcleos para formar las futuras provincias y plasmar sus tendencias eminentemente descentralizadoras que se forman contrarrestando la acción centralizadora de la primera junta.

Se explica perfectamente el origen de la lista en la época centralizadora de Mariano Moreno y en la personalista del Deán Funes; el primero que necesitó resumir todos los poderes del Estado para la defensa común, el segundo para consolidar las tendencias autonómicas de las localidades.

Mientras tanto, las provincias enviaban sus diputados a las asambleas constituyentes, diputados que contagiados con el espíritu centralizador de las ciudades, conspiraban contra el mandato originario de los pueblos, que rechazaban las constituciones de este carácter,

como sucedió el año 12, el año 15, el 19 y el 26.

Fracasada la era del constitucionalismo revolucionario, los señores de provincia se esmeran en recorrer violentamente la República para fundar provincias. Y esos caballeros de la ciudad, convertidos en campirriños de vincha, chiripá y botas de potro, imponen el dogma con la punta de la chuza, haciéndose representar por sus listas de diputados en las asambleas donde se sancionan sus señorías. Y es entonces cuando comienza la segunda era argentina, la era de los pactos y actas capitulares que tiene por objeto establecer la descentralización de los poderes de gobierno con el establecimiento de las provincias que aparecen como un hecho histórico de agregación natural.

Sucede después, lo que tenía que suceder: la tiranía.

Caseros reúne a esos mismos caudillos en el acuerdo de San Nicolás, ese acuerdo de San Nicolás que engendró una Constitución, no de carácter teórico, ni doctrinario, como he oído equivocadamente explicado en sesiones anteriores; no, fué una constitución de hombres bravíos y enérgicos, y por consiguiente, fué necesario que esa constitución tuviese esas grandes cláusulas macizas como un rebenque, cláusula: eminentemente humanas, que caracterizan la Constitución argentina. No fué ella un pacto constituyente de gobierno, fué la ejecución de negociaciones entre los que pactaron. Y para mejor demostración, ya que estoy hablando en la intimidad, recordaré aquella anécdota eriolta en que aparece protagonista el general Urquiza, quien hablando del acuerdo con un caudillo del interior en la ciudad de San Nicolás, le preguntó: «¿Qué dijo, señor gobernador, cuando conoció la victoria de Caseros?» El caudillo contestó: «Yo dije: si el general Urquiza pelea, pelearemos; si negocia, negociaremos. Urquiza negoció y se sancionó la Constitución nacional.

Esa Constitución, pues, hay que interpretarla, no con un espíritu de discusión doctrinaria y de alta cultura filosófica contemporánea; hay que interpretarla con un espíritu humano, de derecho-fuerza, con espíritu de los tiempos que la sancionaron; más aún: esa constitución no puede tener una índole

única, puesto que en ella intervinieron los primeros unitarios de Rivadavia, desterrados en Montevideo; en ella intervinieron los jóvenes de la Asociación de Mayo, desterrados en Chile; en ella intervinieron también los federales vergonzantes, refugiados bajo el amparo de Urquiza en el Uruguay. Luego, entonces, la Constitución argentina tiene un carácter complejo ocasional y de derecho-fuerza.

Cuenta la propaganda libertaria española que cuando fué necesario inducir a los vascos en las nuevas ideas de gobierno, hubo necesidad de hacer una perifrasis para poder expresar la palabra libertad; así también comentando las definiciones americanas, el viejo Tocqueville dice que el gobierno americano es un gobierno nacional incompleto: no es ni nacional, ni federal, y que sería necesario inventar una palabra para poder expresar el concepto.

Nadie será tan obcecado que sostenga un federalismo de cintillo en los actuales tiempos.

Porque es necesario recordar que cada período de evolución no destruye lo realizado en el período anterior, salvo si las manifestaciones que no son vitales y que contrarían la condición de existencia de los nuevos períodos.

Las líneas de ferrocarriles y telegráficas, los colegios nacionales y las obras públicas han borrado el federalismo tradicional; los sembradíos han hecho desaparecer las fronteras provinciales entre Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Santiago del Estero; las estancias han borrado las fronteras entre Corrientes y Entre Ríos, así como los viñedos las de San Juan y Mendoza; y las expediciones al Norte y Oeste de la República han hecho olvidar, asimismo, el célebre pacto de la liga del Norte del año 40. Al federalismo de la lanza ha reemplazado el federalismo del arado; el federalismo de la guerra ha sustituido el federalismo de las convivencias interprovinciales: en una palabra, á aquel federalismo ha substituido la vez de la Nación, llamando á todos los hombres del mundo á habitar las provincias para difundir con el bienestar y la cultura todos los dones de la civilización, en un país próspero y fecundo! (*¡Muy bien!*)

Es en este momento histórico que se

va cumpliendo el hecho social comprobado universalmente. A medida que el medio se agranda, los individuos se achican, de manera que éstos necesitan agruparse, asociar esfuerzos, cohesionar tendencias para subsistir y triunfar. Cuando la República era un pañuelo, el caudillo, elemento mórbido social, pudo engreirse, imponerse. Hoy que los tres millones de kilómetros territoriales, poblados por ocho millones de gente civilizada y civilizable, desarrollan una potencialidad económica que influye en los valores universales del intercambio; que hacen de nuestra nación una entidad internacional, hoy el individuo es el factor humano de progreso que ha dejado de ser lo más, para transformarse, perderse en la colectividad grande y fuerte. Hoy, al imperio del más bravo, ha sucedido la influencia del más útil; y si antes aquél fué exponente de guerra, hoy éste, el hombre civilizado, es el único factor responsable y director de los destinos sociales.

Los sostenedores—y aquí voy á tener que empezar á referirme á nuestros adversarios—los sostenedores, digo, de los sistemas electorales en forma fragmentaria ó en forma completa, han tenido que simular ignorancia del conocimiento de la evolución producida en el organismo político de la Nación, porque de confesar su sabiduría electoral, tendrían necesariamente que reemplazar sus sistemas por el que más se adapta á la actualidad, es decir, por el voto uninominal.

De paso, y salvando los límites de la República, recordaré á la cámara que esta discusión de criterios y de conceptos para sostener los sistemas de listas ó el de circunscripciones, no es nuevo en el mundo.

El país que más se asemeja á nosotros en estas materias electorales ha usado y rechazado durante un siglo los distintos sistemas electorales que discutimos; y la cámara me permitirá que me guíe de la síntesis más admirablemente hecha por el espíritu más francés, Gabriel Hannotaux, al relatar la historia de esta materia.

Dice este autor que desde 1789 hasta 1875 la Francia ha acogido y después rechazado una docena de constituciones; y que bajo todas esas constituciones ha hecho una docena de viajes, el

péndulo legislativo ha oscilado una docena de veces, entre el escrutinio de circunscripción y el escrutinio de lista, proclamados sucesivamente superiores y execrados.

Debo hacer notar una circunstancia, y es la del carácter de los distintos períodos en que se han adoptado estos sistemas, lo que da la clave de las sucesivas derogaciones y de sus nuevas adaptaciones. Cada vez que en el gobierno francés triunfa una tendencia centralista, no diré absorbente, porque es una palabra que no conviene á la manera de pensar de aquel país, cada vez que se sostiene el propósito de robustecer los poderes del Estado, se ha adoptado el sistema de lista. Siempre que convenía en Francia estimular el individualismo, es el sistema de circunscripción el que ha obtenido la preferencia.

Así tenemos que en 1793 aparece el sistema uninominal, porque se perseguía el mayor individualismo en el pueblo francés. En 1795 es reemplazado este sistema por la lista. Ya se señala en el directorio una tendencia centralizadora. En 1814 vuelve á figurar el voto uninominal: es cuando Napoleón, de regreso de la isla de Elba, se ve obligado á hacer concesiones para reconquistar la buena voluntad de los franceses. En 1817, época de restauración de los borbones, es restaurada la lista. Pero en 1820 los mismos borbones necesitan hacerse perdonar su legitimismo, y aparece de nuevo el sistema de circunscripción. En 1848, cuando el espíritu de orden se concentraba en el pueblo francés, necesitándose un gobierno fuerte, la lista resurge. En 1852, Napoleón III tiene que hacerse perdonar su golpe de estado, y restituye al pueblo el voto uninominal, cumpliendo una de sus grandes promesas. En 1871, la necesidad de consolidar la nueva situación impuso la lista nuevamente. En 1875 se restablece otra vez el orden en Francia y aparece el voto uninominal. En 1885 comienza la lucha por la restauración laica de la Francia contra el espíritu avasallador de la Iglesia, y aparece la lista. En 1889, cuando es necesario que triunfe el espíritu nacional, aparece otra vez el voto uninominal.

Actualmente, señores diputados, y este es el único argumento de que quiero

dejar constancia. la Francia del gobierno, la Francia sectaria, está proclamando la restauración de la lista.

Así termina la historia de Hamnotaux á manera de moraleja: «Ni la inferioridad ni la superioridad de un modo de escrutinio ha sido categórica é irrefutablemente demostrada».

Vaya, pues, esta esperanza para nosotros los que votamos por el sistema circunscriptivo, que necesariamente tendrá que restaurarse el día que pueblos y gobiernos, cámaras y ejecutivos, estén convencidos de que es necesario que el pueblo argentino satisfaga su individualismo, es decir, se desenvuelva personalmente en el terreno electoral para mayor beneficio de nuestras instituciones! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Pero, señor presidente, y perdóneme de paso esta digresión extrajera, no volveré á cometer otra infidelidad con mi país... (*Risas.*) Pero, señor presidente, nuestra historia relata sucesos que demuestran la evolución política de la Nación desde los primeros tiempos del absolutismo colonial, al cesarismo montonero, al centralismo de la organización nacional, al personalismo de ayer, para llegar al individualismo actual, y se comprende el sistema de lista para aquellos tiempos.

Se comprende el sistema representativo del absolutismo, bajo la forma de una absorción de poderes en una entidad central. El virrey asumía la autoridad política, el vicepatronato religioso, la presidencia audientil, la capitanía militar y la superintendencia financiera. Pero es el caso que esa escuela hace norma: es la que impera en la política de la primera junta. De tal manera ella se extrema, que ya la efímera asamblea del año 12 se creyó autorizada para nombrar diputados de las provincias; diputados elegidos, no por los pueblos, sino para los pueblos. Y pregunto, después de un siglo de civilización y de crítica, ¿este criterio es el que todavía subsiste para fundar el sistema de lista que constituyó el baluarte de aquel régimen absolutista? Al absolutismo de la primera hora sucede el cesarismo montonero, en cuyo momento predominan todos los cultos de la violencia, todas las formas de la sumisión. Culto al caudillo, culto al aislamiento, culto al pago, á la montonera,

al coraje, al degüello! «Nul seigneur sans terre», decía el feudalismo medieval: «Ningún caudillo sin pago», contesta la montonera. Y por esos mundos de Dios iban y venían en lista los diputados mandados por Ramírez, el entrerriano; por López, el santafecino; por Ibárra, el santiagueño; por Bustos, el cordobés; por Aldao, el mendocino; por Quiroga, el llanero; por Artigas, el oriental; no por Rosas, porque Rosas no los mandaba; á Rosas se los sometían...

Estimo en mucho las finuras de espíritu del señor ministro y las delicadezas patrióticas de los señores diputados, para suponerlos á ellos también sectarios de todos los cultos de la violencia y sometidos á todas las formas depresivas de la democracia, aceptando actualmente la norma electoral de la lista.

Paso á la tercera época. El centralismo nace con las constituciones del 53 y del 60, perfectamente explicables. El gobierno necesitaba concentrar todos los poderes para de una vez por todas establecer el principio de respeto á la autoridad, como también tenían razón las provincias al resistir para poder, de una vez por todas, usar de sus propios atributos. á fin de regularizar las instituciones autonómicas; y es así cuando aparece en la Constitución, y por primera vez notado este concepto: cada provincia electoralmente, forma un distrito independiente del de al lado: cada señor en su casa, cada dedo en su guante, pero todos sujetando el puño cada vez más cerrado del gobierno nacional, no á la manera depresiva que ha podido insinuarse en sesiones anteriores. Ya quisiera ver á los que así hablan, la forma en que tendrían que tratar á esos gobiernos de provincia, tan altivos, tan soberbios, por lo mismo que eran y son tan señores. Se estableció pues la ley de las conveniencias y de las reciprocidades: el presidente de la República, nombraba los empleados nacionales en las provincias, por recomendación del gobernador, así como los gobernadores, mandaban su lista de diputados al Congreso, por recomendación del presidente... (*Risas.*)

Sr. López (P. C.)—Ya pasaron esos tiempos, señor diputado.

Sr. Carlés (M.)—Espero que así sea. Por eso abogo por las circunscriptivas. (*¡Muy bien!*)

Cansado el diablo del mundo se convirtió en monje... Así el pueblo argentino, fatigado de las riñas del comercio se dedicó á difundir la cultura económica en toda la extensión del territorio de la nación: abandonó el poder al sensualismo, y el gobierno á la retórica, reservó el poder multiplicador de la riqueza, el gobierno de su propio bienestar, á la espera del momento presente, para preguntarnos: ¿Quién es el país?... ¿Son ustedes gobierno literario ó soy yo pueblo, pueblo yo mismo de la nación? Y el individualismo irresistible, pujante, contesta á esta pregunta, exigiéndonos la representación de los barrios en las ciudades, de las comarcas en el campo, del gremio en el comercio, la defensa de las industrias, en una palabra, la voz de la nación, hablando, sintiendo y pensando por el pensamiento, la voluntad y la voz de todos los habitantes de la nación; no á la manera de Rousseau, que buscaba su república en el conjunto de los ciudadanos, sino á la manera de Platón, que encontró su ciudad en el fondo del alma de cada uno de sus habitantes! (*Aplausos.*)

Ya nadie, señor presidente, por más que se nos quiera aplicar una mecánica política, nadie habla ni reclama la libertad, porque nadie supone á Sáenz Peña tirano: todo el mundo se preocupa del trabajo, que es la riqueza: del orden, que es su medio: del bienestar, que es su fin; y las confidencias del trabajo y del bienestar no se hacen al montón, se hacen de uno á otro, en la comunión de las ideas, que consiste en el acuerdo de dos voluntades y en la armonía de dos tendencias. (*¡Muy bien!*)

Ni por hipótesis puedo aceptar que las ricas, pobladas y enormes provincias agrícolas de la República.—tomo el caso presente, con sus diez millones de hectáreas sembradas, que representan cien millones de fanegas, que probablemente sumarán cerca de novecientos millones de pesos, con sus cien comarcas, con sus trillones de valores inmobiliarios, con sus millones de habitantes,—hagan confidencias de sus anhelos, de sus esperanzas, de sus penas, de su mañana, á una lista de diputados!

Bien veo, que la presuntuosidad parlamentaria desdeñosamente dice: Si dejáramos al pueblo que nombre representantes á hombres del pueblo, descendería la altura literaria, intelectual, moral, política y social de la cámara...

Señor presidente: Voy á hablar contestando esa objeción, para los espíritus sentimentales. Nuestros abuelos eran buenos y sencillos; les bastó considerarse altivos para ennoblecerse ciudadanos: contemplar la gloria, para merecer una bandera: enamorarse de la libertad, para tener una patria! ¿Por qué, entonces, señores, no hemos de suponer que el pueblo argentino conserve aquel espíritu altivo, aquel espíritu enamorado de la enseña, para hacerse representar y para cumplir con sus deberes lealmente?

Es que si ese argumento no constituyera una futilidad democrática, sería una falacia, porque, en resumidas cuentas, el régimen representativo ¿qué significa? El dilema es de hierro. ¿El gobierno de funcionarios, representantes, que yo designo, ó el de aquellos que otros me designan?

Es que, á los intereses morales, materiales, políticos y sociales del pueblo de la Nación, no les importa estar representados por diputados con ínfulas de doctores, venidos en listas con otros diputados de ínfulas iguales.

Es necesario, señor, cerrar los ojos para no ver y los oídos para no escuchar. El régimen representativo argentino actual debe ser la comunión del pueblo con su gobierno, por el que el representante conoce y justiprecia la situación del elector, que le confía sus aspiraciones, sus anhelos de mayor bienestar, cuyas aspiraciones individuales sumadas, forman el ideal colectivo de un pueblo en cada época de su civilización.

Bien veo, que ha llegado el momento de que una vez por todas desagravie la única elección por circunscriptivas que ha habido en nuestro país, tan vilipendiada, á veces tan injuriada y siempre despreciada por aquellos que no conocieron sus resultados felices.

Recuerdo—y recuerde el señor presidente—que ocupaba su sitio presidencial un hombre venerable, el general Victorica, quien cuando nos reunimos

en la cámara, todos los diputados venidos por el sistema uninominal, nos dijo: «Os saludo... Venis de escuchar las palpitaciones del alma de la Nación; habéis apercibido las aspiraciones y necesidades del pueblo».

Tenía razón: cada uno de nosotros venía de escuchar las palpitaciones de la Nación, conocía de cerca las necesidades del pueblo. ¿Por qué?

Voy á presentar como el caso más modesto, lo que á mí me sucedió.

Casi egresado de la universidad, con todos los estímulos de la ciencia, con todas las ilusiones de la galantería de los salones, con todo el entusiasmo de un parlamentarismo vehemente—y lo digo para honor de aquel gobierno, que á pesar de haber sido yo su opositor, no usó su máquina gubernativa para impedirme que triunfara—nos alejamos á barrios excéntricos de la ciudad, allí donde las pasiones huelen á sangre, donde las virtudes son más excelsas, porque son militantes, donde impera el trabajo, porque reina la pobreza, donde cada apretón de manos es un juramento de lealtad y de abnegación... (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas.*)...

Allí, señores diputados, aprendí á conocer, á respetar y á amar mi pueblo, porque me sentí respetado y querido por él. Allí aprendí á profundizar el alma nacional y el espíritu de la democracia, porque el pueblo, cuando quiere, quiere; comunica y contagia sus afectos!

Todos ó casi todos los diputados venidos por ese sistema, conservamos—bien veo que interpreto á los diputados de aquella época—los afectos que constituyen nuestras dos predilecciones: la casa donde habita nuestro corazón, y la parroquia donde moran nuestros camaradas del distrito. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Las responsabilidades del montón se diluyen; son como los rayos de luz; que divergentes se disipan, y que convergentes abrasan. Nunca me he sentido más diputado, porque nunca me he sentido más responsable, que cuando los ciudadanos de San Carlos me eligieron diputado de Buenos Aires! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas.*)

Todos los señores diputados, todos los venidos en esas condiciones de los cuatro vientos de la República, traían ese

concepto de la responsabilidad. Nunca, señor presidente, he visto una cámara más reformista, más nacionalista, más argentina. Eramos una cámara de vencedores, no de sometidos! (*¡Muy bien!*) Asemajábamos, señor presidente, aquellos ágapes de Bolívar, en el Perú, en que cada asiento era ocupado por un victorioso, con la conciencia de su fuerza y la dignidad de su deber! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*) ¿Por qué, señor presidente? ¿Porque el pueblo había demostrado su tendencia, se había demostrado individualista en su elección!

Bien sé yo, señores diputados, que el individualismo no es el ideal de las escuelas, ni será el porvenir de mi país. Poco importan para mí tesis las razones académicas; quiero sencillamente dejar establecido que el individualismo en este momento marca una evolución de progreso en la cultura nacional, la misma que marcó en Europa el paso del absolutismo al cesarismo, al centralismo, al personalismo, para llegar, pasando por el individualismo, al solidarismo de las cooperaciones individuales.

Y si á cada época le corresponde su virtud, á la abnegación del pasado, á la labor de nuestros días, corresponderá una era de mayor solidaridad en los corazones!

Establecido que el individualismo es la característica de la actualidad, veamos cuál sea su régimen agrario. Al individualismo, diremos así, de la ciudad, corresponde el regionalismo económico del campo.

Creo, señor presidente, que aquí nos reunimos personas muy honorables, diputados muy distinguidos; pero que el día que una calamidad pública pegue en el vientre de la Nación, ese día probablemente las calles de la ciudad como los clamores del campo no encontrarán sus genuinos representantes en esta cámara. Aquí falta la personificación del individualismo, y falta, por consiguiente, la voz que exprese las necesidades de la tierra, cordial y buenamente.

Cada época como cada región, tiene su problema, tiene su filosofía, tiene sus medios de resolución. No olvidemos que los distintos sistemas económicos, aducidos en la Europa para resolver sus grandes problemas, son propios del problema mismo.

El maquinismo produjo el industrialismo y el proletariado; el monopolio actual, está produciendo los medios y sistemas proclamados por Sismondi y por Carlos Marx. Todo lo que constituye en Europa motivo de calamidades públicas, aquí constituye motivos de felicidad; el exceso de producción produce allí alarma; en la República Argentina, lo estamos viendo, produce gratas perspectivas al país.

En Europa se vive perpetuamente en una expectativa de guerra, y cada hogar es una alarma; en la República Argentina, el mañana es el hoy, y el hoy es el siempre. Porque esa es nuestra historia.

La historia argentina, es una historia sin dolores, sin duelos, sin derrotas ni miserias. Aquí no se tiene la experiencia de la amargura irreparable. Nuestros héroes murieron mártires; pero murieron honrados. Todo eso canta una nueva patria, con ideales propios.

Por consiguiente, tenemos que aplicarle á esa patria, á esa historia, y á esas necesidades locales el sistema que le corresponde: un voto que exprese leal y fielmente el significado de la voz general; un voto que exprese el pedazo de tierra pródiga, el rayo de luz fecundante, la savia de simiente sana, el impulso del brazo fuerte, el destello de gloria de nuestra hospitalidad amplia. Eso significa el voto circunscriptivo argentino, el día en que realmente podamos interpretar como yo creo interpretar, la historia, el designio y el carácter de la actualidad.

Voy á entrar, señor presidente, á otro género de argumentos repetidos por cada uno de los oradores, y que, por consiguiente, debo también seguirlos en su desarrollo y especificación.

Se ha cometido, en mi entender, un grave error al suponer que un sistema electoral cualquiera influye en la formación ó desaparición de los partidos políticos.

Aquí también, señores diputados, cometí una pequeña infidelidad en mis estudios, recurriendo á la historia europea; y encuentro en ella, que jamás un partido allí se haya inspirado en cuestiones electorales para formarse ó desaparecer.

En la República Argentina... Pero,

señor presidente, si hay alguna ley absoluta en materia histórica entre nosotros, es aquella que determina cómo se forman los partidos políticos argentinos: es sencillamente por una comunión de ideas y de propósitos determinados para realizar una gran tendencia de las aspiraciones y de los ideales del momento.

Voy á demostrarlo rápidamente. ¡Arribeños y porteños! No fueron otra cosa que la expresión de los que habitaban tierra adentro y de los que poblaban el litoral; Unitarios y federales! Eran los hombres de adentro, que querían la ayuda de la aduana de Buenos Aires, sin renunciar al propio gobierno; y los hombres del litoral que la defendían, centralizando el poder.

¿Qué fué el federalismo doctrinario, señor presidente?

A este respecto voy á recordar las palabras de uno de los hombres de la época. Dice el doctor Vitorica, recordando una conversación con el doctor del Carril, que éste le decía cuando las horas largas del gobierno del Paraná: «Estábamos ciegos... la bellísima obra de Tocqueville que recién llegaba á nuestras manos—se refería á Rivadavia—nos abrió los ojos. Mucho hablamos y discutimos y nos convertimos apasionadamente al federalismo.» ¡Así hablaba doctrinariamente un unitario!

El unitarismo ¿cómo nació?

Doctrinariamente? De los conceptos de la época, basados en la soberanía social de Montesquieu, y en el estatismo contractual de Rousseau, cuya degeneración revolucionaria produjo el jacobinismo, el cual proclamó el sometimiento del pueblo al gobierno cuando fué gobierno; y el sometimiento del gobierno al pueblo, cuando fué pueblo.

Esas son las bases de los primeros partidos argentinos: nacen y se unen para realizar un propósito, como sucedió al federalismo y al unitarismo, en el acuerdo de San Nicolás; y cuando en vez de desaparecer, como lógica consecuencia de su destino, se esmeran al contrario en subsistir, pasando lo que pasó con el personalismo y el centralismo de la primera época: los partidos se jacobinizan en la logia Lautaro y mueren en Fontezuelas.

Comienza el tercer período de los partidos: ó sea del partido nacionalista y el del partido autonomista.

¿Como nace el partido nacional? Digamos alguna vez, señor, la palabra exacta, recogida de la historia: fué consecuencia de la intervención del año 61. El general Mitre tuvo necesidad de una concentración nacionalista argentina, tuvo necesidad de fomentar la viabilidad del interior, y proclamó una política moderada, reuniendo en un partido todos los consulares de la época. ¿Cuál fué el resultado de ese partido? La construcción de los primeros ferrocarriles; la pacificación de las provincias; el haber podido afrontar una guerra, y por último el realizar la obra más gloriosa de la época moderna: la conquista del desierto, que puedo compararla en sus planes con la toma de Lima, ambas, hechas sin derramar sangre, ambas, por consiguiente, que algún día el arco triunfal de piedra blanca tendrá que inmortalizar para honor de una raza de hombres que redimen la barbarie y fundan imperios de mansas democracias sin dolores, ni quebrantos.

Frente á ese partido civilizador se levanta el partido autonomista de criollas galladuras. Hay que decir las cosas como son. ¿Cómo se formó? Por ex rosistas, ex urquizistas, ex autonomistas de las provincias, y ex federalistas de Buenos Aires. Todos necesitaban consolidar el principio de autoridad, levantar altares á la paz. Ambos partidos se unen para producir la unidad de la Nación, haciendo que Buenos Aires figurara como pensamiento central, civilizador de toda la República.

Alguien ha mortificado la memoria de esos partidos. Imagen de las circunstancias históricas en que ellos actuaron son las llamaradas de las quemazones en las soledades de la Pampa. Lo bueno y lo impuro del suelo se inflama para formar el fuego. El fuego todo lo destruye y todo lo purifica, por eso la llamarada es pura. Así las correrías del montonero y las intransigencias del doctor; los centralismos de los gobiernos y el personalismo. Inflaman las pasiones políticas, destruyeron fórmulas constitucionales, quemaron en guerra la República, de cuya anarquía ella saldría salvada, porque á todos animaba el patriotismo puro, puro como las llamaradas de las quemazones de la Pampa! (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Actualmente no subsisten sino tres partidos: el radical, el socialista y los gérmenes de partidos comercialistas.

El partido que pudiera invocar el presidente de la República como oficialista, es el partido radical, porque él se propone la realización de dos grandes principios: la probidad administrativa y la lealtad electoral. Lo primero está ampliamente reconocido en el primer magistrado; lo segundo constituye una esperanza nacional.

El partido socialista, fundado sobre la misericordia social, destinada á redimir injusticias económicas, y los futuros partidos comercialistas, que se irán concretando á medida que las necesidades de defensa se vayan presentando... Noto que algunos señores diputados se han sonreído. ¿Los castigo al remordimiento de nuestro próximo triunfo, que significará consolidar esos partidos! En la formación de esos partidos no aparecen, pues, las causas eleccionarias como medio y móvil.

Señor: se ha hablado también de la influencia de las cuestiones ó problemas electorales para la formación de partidos en las provincias, y permítaseme, otra vez emplear un lenguaje familiar, en honor á la realidad de la descripción que el cuadro me sugiere.

Nuestro pasado gauchoocrático está implantado en algunas provincias á base de unanimidades de gobierno, de unanimidades que comienzan en las municipalidades, continúan en las legislaturas y terminan también en el Congreso de la Nación. Al absolutismo de arriba se responde con la rebelión de abajo, y los gobiernos se asemejan á esos locos que el primer año aparecen como enfermos para su familia, el segundo año como ausentes, y el tercer año, como muertos. Así, esos gobiernos de provincia, el primer año, cuando empieza la máquina á funcionar, se alejan de la opinión; el segundo año, la opinión se aleja de ellos, y el tercer año la revolución ha decretado su muerte (*¡Muy bien!*)

¿En qué han intervenido las cuestiones electorales en estos asuntos? Hay que dar á esas oposiciones de provincia una válvula de escape, un instituto de control, un medio de censura; y esto sólo se les puede dar escogitando una

defensa y un respeto legal, de modo que al amparo del gobierno de la Nación puedan garantizarse las elecciones nacionales en provincias y venir aquí sus hombres, sus exponentes, á fin de que esas rencillas de campanario, referidas por el señor ministro, se resuelvan de una manera amplia, tranquila, con más seriedad y respeto recíproco aquí, en el recinto amparador del Congreso nacional.

Pero ¿cómo voy á preocuparme yo en averiguar si las leyes electorales pueden servir de fundamento á los partidos, cuando todos sabemos que los partidos tanto en nuestro país como en ninguna parte, se han formado por decretos de los gobiernos ni por sanciones legislativas, ni mucho menos por proclamas de diputados?

Mi maestro Ameghino, —cuya gloria está reclamando una estatua,—explica que miriadas de animalculos uniéndose, entrechocándose unos con otros, acumulándose infinitamente, forman en el fondo de los mares continentes que con el transcurso de los tiempos, surgirán sobre la superficie del océano. Así, los partidos presentes, y sobre todo los futuros, se formarán por la unidad de las miriadas de intereses comerciales y personales, que, entrechocándose y acumulándose los unos con los otros, necesitarán defenderse los unos de los otros, y requerirán, por consiguiente, ocupar sitios y ventajas para la victoria. Así se formarán esos partidos. No vamos á tener absolutamente ninguna intervención en ellos los diputados, ni tampoco los gobiernos: serán formados por las necesidades sociales, por las luchas económicas. No serán luchas como las que hasta ahora se han producido, empleando las palabras tan extranjeras como arcaicas, de libre cambistas y proteccionistas. No: no puede haber libre cambistas ni proteccionistas entre los intereses comarcanos, por ejemplo de La Plata y Bahía Blanca, de Paraná y Uruguay, de Rosario y Santa Fe. Se formarán los partidos, el día —y voy á hacer aquí una profecía á corto término—el día que, cualquiera que sea el voto de esta cámara sobre la materia que debatimos, tengamos que reformar la Constitución para establecer la reducción territorial de los distritos, á fin de que los anhelos, las esperanzas y las

necesidades de los núcleos que forman la colectividad, se encuentren aquí seria y cordialmente representados. Es entonces cuando se encontrará nuestro país constituido solidario y eminentemente en forma representativa.

Porque nos pasa algo original...; Todo el mundo nos ha descubierto, menos nosotros! Nos ha descubierto la Europa, abriéndonos un crédito ilimitado, impulsando todas nuestras energías sociales...

Y aquí tengo que tocar de paso otro argumento hecho en esta discusión. Se ha supuesto que el progreso, la civilización y el alto desenvolvimiento de nuestra cultura que ostentamos en la actualidad, se debe á la acción parlamentaria. No opino de esta manera. Creo que el crédito, que es un atributo de la riqueza, se desarrolla á medida que las actividades económicas se enriquecen. Por consiguiente, el crédito argentino, es debido exclusivamente á la acción de la energía económica de la nación. Luego, es el caso de repetir aquí, el paralogismo de «post hoc, ergo propter hoc», lo que traducido libremente por el mosquito—en este caso el Congreso—que laboraba en las astas del buey, significa: hemos arado! (*¡Muy bien!*)

La futura reforma constitucional que establezca esa limitación en la extensión territorial de los distritos, traerá como consecuencia que nuestro país tenga su política comercial, su buena política humana, política representativa de todos los intereses sociales; no esa política cartaginesa, que consiste en acumular riquezas, sino la política civilizada y filosófica del bienestar.

La política comercial, será la política que represente la libertad y defensa del productor y del consumidor: del productor que determina y resuelve sus ventas; del consumidor, que defiende sus gastos.

Recordemos que cada año vienen á esta cámara las leyes financieras y las económicas del Estado, las que estudiamos en globo lo más rápidamente y las mandamos al Poder ejecutivo, delegándole nuestra confianza para su cumplimiento.

El día que las regiones electorales tengan sus representantes en la forma que nos proponemos, ese día el Poder

ejecutivo no será más que un mandatario fiel y categórico del Congreso, el cual representará los anhelos individualistas de la Nación y se les impondrá en el intercambio universal á quien nos necesite y de quien nos convenga necesitarse.

Hemos llegado al final de nuestro raciocinio. Recapitulemos.

¿Para qué nos hemos reunido? ¿Para adaptar al organismo de la Nación un traje que le venga bien, ó para endilgarle un traje idéntico, pero puesto al revés? Si nos hemos reunido para lo primero, tenemos que interpretar los convencimientos sociales y vestir bien al país; si nos hemos reunido para lo segundo, hemos oído admirable oratoria que marca toda la cultura, toda la sabiduría y el patriotismo de los señores diputados, pero que no marca el espíritu de la democracia, el espíritu individualista argentino. Porque, señores diputados, no vive la democracia el que quiere, sino el que puede y sabe vivirla: el que tiene alma, corazón y vida. La vive el obrero en el taller, el colono en el campo y el sabio en su gabinete, porque ella es acción, es movimiento, es músculo; vivir la democracia, es agitar el alma de las cosas, es armonizar las voluntades, es despertar á los dormidos y empujar á los inermes! Cada uno de los selectos la lleva dentro de sí, la contagia, la difunde trastornando la quietud, que es indiferencia, para buscar el porvenir que es la inmortalidad. El que no se crea capaz de soportar contrastes, de soportar molestias, de humanizar, de simplificarse, de sufrir y sufrir con la sonrisa inalterable, que no crea en la democracia, que no vote la circunserpción. Esta es la fórmula del individualismo, que es la síntesis de todas las virtudes militantes del civismo...

Señores diputados: cuenta la leyenda que el espíritu conventual de la edad media, fomentó la timidez que huía del fragor de las luchas del mundo para aniquilarse en la multitud del convento. ¿El que no sepa, ni pueda vivir la democracia, hace bien en aniquilarse en el convento de la lista, pero que no nos impida á nosotros, que sabemos vivir la lucha de la vida cívica, que no tenemos alma de cera para modelarnos en el montón de la lista, que no nos im-

pida ir cubiertos de luz, de gloria y de esperanzas al frente de las legiones que avanzan hacia el porvenir!

Por todo esto votaré el proyecto presentado por la minoría de la comisión, que propone el voto uninominal.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en las galerías. Muchos señores diputados felicitan al orador.*)

Sr. Costa—Pido la palabra.

Voy á fundar mi opinión, señor presidente, en favor del voto uninominal y en contra del sistema de lista y del sistema de lista incompleta propuesto por el Poder ejecutivo, porque lo considero un sistema de reacción y de exclusión. De reacción, porque proponiéndose una reforma electoral, me parece que mira hacia el pasado, como bien le ha hecho notar el señor diputado por la Capital, al proponer el sistema de lista; y de exclusión, porque es un sistema dentro del cual no cabe sino la representación mutilada de dos partidos, cuando en cada distrito electoral de la República hay cinco, por lo menos, en la actualidad.

Para el señor ministro, el país, en cuanto al orden electoral se refiere, se encontraría en un estado mórbido ó patológico, y propone para curarlo una serie de arbitrios en forma de tópicos; tópico del voto obligatorio, tópico para obtener la concurrencia al comicio, hoy desierto. Creo, señor, que sería necesario hacer el diagnóstico para saber si en realidad se trata de un estado mórbido patológico, ó si pudiera tratarse más bien de un estado fisiológico, aunque no fuese el mejor y el más deseable: el diagnóstico es previo.

El Poder ejecutivo dice: la democracia está muerta porque el pueblo no vota, se abstiene, etc.

Por las dificultades de diagnóstico me he explicado siempre la prominencia, aparte de otras razones, como la distinción personal de los individuos.—la prominencia de los médicos en nuestra actuación política. Aunque también me ha solido llamar la atención la actuación de los rematadores. Pero éstas ya son supersticiones. (*Risas.*) el caso no es igual.

Pero bueno, hay que hacer el diagnóstico á fondo, y ésta es la dificultad, porque hasta ahora, aunque ha pasado

sobre él el tiempo, se encuentran casos en que los médicos, y aun los más distinguidos, hacen el diagnóstico de Molière; señalan el hecho, el fenómeno, pero no la causa. Acuden al lado del enfermo, lo examinan y se retiran después de manifestar que está atacado de fiebre, que tiene abatimiento, ó que está nervioso. ¿Pero, la causa?

El señor ministro ha hecho también su diagnóstico, y parece ser el mismo del médico de Molière en «Le Médecin malgré lui». Se llama al médico para una niña que se hacía la muda como estratagemas para que le trajeran al novio... (*Risas.*) Viene el médico, muy grave y con un traje imponente; y después de muchos latines, y cediendo á las exhortaciones de la familia que no le podía sacar el diagnóstico, lo pronuncia al fin: «¡La niña está muda, porque ha perdido el uso de la palabra!» (*Risas.*) Es lo mismo decir, como ha dicho el señor ministro que la democracia está muerta porque el pueblo no vota! (*Risas. ¡Muy bien!*)

Estará muerta la democracia? ¿No estará en marcha? Es lo que debemos ver, y recién entonces llegar á formular un tratamiento.

¿Qué es el país? Un organismo social y político. ¿Qué hacen los organismos? Crecen, luchan, se entre destruyen; y prevalecen los más fuertes. Después constituyen como primera fase, haciendo lo peor que podrían hacer, porque no tienen otro remedio, un gobierno, y para todo el territorio. Esta es la primera fase de lo que se llama sociedad política ó Estado.

Después, es necesario vivir: trabajan, producen, consumen, forman la riqueza. Esta es la segunda fase. Parece que nosotros estuviéramos en ella. En esta segunda fase, la preocupación de la formación de la riqueza todo lo absorbe, de tal manera que sería muy difícil sacar á un hombre del surco, no del surco político, que es menos interesante, sino del surco en que está labrando su bienestar, para llevarlo al comicio. Después de esto viene otra fase, los gozos de la vida, las artes, la literatura, el teatro, los cuadros, etc. La riqueza ya está formada. Esta es, por ejemplo, la fase de la Rusia, que tiene todo esto, y está por consiguiendo un grado más adelante que

nosotros, que no tenemos esta tercera manifestación, y ella todavía no tiene gobierno propio. Después de todo esto, ricos los hombres, satisfechos los gustos, las inclinaciones artísticas, ociosas las horas, viene la preocupación de la cosa pública, de intervenir en el gobierno. Es la Inglaterra, es la Francia, es la culminación de la civilización, la mayor edad de las Naciones. ¿Por qué entonces, el Poder ejecutivo aspiraría, con el patriotismo que tiene, con la sinceridad con que trae estos asuntos á la deliberación de la cámara, á hacer pasar al país, de un salto, del segundo al cuarto grado, como sería pasar de esta segunda fase en que en realidad nosotros nos encontramos, á la última, que es el gobierno propio? Tal vez sería como pasar á un estudiante del 2.º al 4.º grado, para que se saque cero. Esto no quiere decir que no deba haber leyes, que no deban reformarse las leyes, que no deba haber un tratamiento para esta situación, para mejorar siempre las cosas, pero ese tratamiento ¿ha de ser tópico? ¿Es este un enfermo, ó es un caso fisiológico? ¿Cuál es, entonces, el régimen que correspondería?

Me parece, señor, que el régimen que corresponde en el presente caso es el régimen que suelen tener los médicos más distinguidos para casos muy delicados, que ellos miran con un criterio verdaderamente científico, y en este caso, para los pueblos en esta situación, el tratamiento sería dentro de nuestras instituciones, el régimen y el buen aire, es decir el régimen de la Constitución y el aire de la libertad; lo que es muy distinto del tópico y del específico. (*¡Muy bien!*)

Nos encontramos, en primer término, y ante la situación actual en orden á los sistemas electorales, con el sistema de la lista completa, una lista completa en la que, aun dentro de su propio mecanismo lealmente aplicado, faltarían todos los partidos menos uno, porque la expresión de estas mayorías resulta siempre una minoría, ya que se representa á un grupo cuando habría seis que representar. De manera que es una lista completa muy rara esta en la que de seis faltarían cinco, y sólo uno es el que prevalece, por la pluralidad del voto.

Buscando uno muchas veces la defi-

nición de las cosas por sus denominaciones, que es también un criterio que puede ser científico, porque al fin se va a la etimología, se va a la raíz para conocer el significado de las palabras; siguiendo ese procedimiento, me he preguntado: ¿por qué la llaman completa? ¿acaso porque estará llena, porque ya de antemano estarán todos los que caben, como en el «completo» de los tranvías, (*Risas*) y entonces ya nadie puede subir? Podría ser ese el significado de la lista completa. (*Hilaridad*).

Sin embargo, señor presidente, hay que observar antes de pasar al sistema que propone el Poder ejecutivo, que esta lista completa es un sistema que es también de representación proporcional, por provincias. De manera que debemos darnos bien cuenta de la situación en que actualmente nos encontramos, para no decir, por una óptica que es tal vez del presente, que dentro de este sistema no cabe ninguna representación proporcional ni aun regional.

Si en este momento la provincia de Santa Fe—lo que no sería inverosímil, suponiendo una elección próxima—votara la lista del partido radical; Entre Ríos—lo que sería muy lógico—votara la del partido nacional; Buenos Aires, como es natural, votara la del partido conservador—y no extendiendo más la hipótesis para no complicarla; suponiendo que esto fuera la Nación entera y que esto viniera al Congreso, ¿qué sería ello? Sería la representación proporcional por distritos, que en este caso serían las provincias.

¿Es cierto, entonces, que esta lista completa clausura de tal manera la entrada de todos los partidos al Congreso? Me parece que no es cierto, y que no lo es tampoco del punto de vista de la situación histórica, diremos, de la aplicación de la lista completa, desde que está constituido el gobierno.

Hasta 1880, dentro de esta lista completa, han estado representados en el Congreso los partidos y las tendencias, y se ha establecido en las provincias la lucha y la representación de esos partidos y tendencias, tal cual entonces existían en el país; de tal manera, que cuando se quebrantó el Congreso, en los sucesos del 80, en Belgrano, casi quedó sin quorum, porque la

mitad de los miembros de la Cámara de diputados ó de las dos cámaras pertenecía á otra tendencia; y eso ocurría dentro de la lista completa. En la elección de Avellaneda, y más todavía en la de Sarmiento, había diversas tendencias representadas en el Congreso y diversas tendencias venidas al colegio electoral; así fué como vino la candidatura de Sarmiento en frente de la de Urquiza y de la de Elizalde; así fué como vino antes la vicepresidencia de don Marcos Paz en frente de la del general Pedernera, etc. Ya se ve, pues, que dentro de la lista completa, en una situación dada de las cosas, y en una situación dada de la autonomía de las provincias con relación al poder central, ha podido determinarse la representación proporcional en el Congreso, y han podido traerse los resultados electorales hasta la formación del mismo gobierno de la Nación, representados todos los partidos políticos.

No es posible así, experimentalmente, establecer que entre nosotros la lista completa haya sido siempre la exclusión de todos los partidos.

Debo hacer notar que en esta evolución, que después se convirtió en la gravitación total del centralismo, llegó el país, en la acentuación de estas entidades de las provincias, bajo este régimen de la lista completa, hasta la guerra civil.

Estoy simplemente constatando los hechos, y la evolución tal cual ha ocurrido dentro de este sistema. Después, cuando examine la cuestión constitucional, haré notar esta evolución de una manera más completa.

Hay muchas incongruencias dentro de la aplicación de ese sistema de la lista completa. Así cada ciudadano ha de tener todas las opciones que forman la lista, según la convocatoria. De manera que desde luego, el ciudadano de Buenos Aires tiene 14 opciones, frente al ciudadano de Jujuy, que no tiene sino una. Es por la manera de la aplicación, no porque la Constitución así lo haya sugerido.

Se trata de elegir, y haciendo una comparación, se verá hasta la evidencia á qué absurdo lleva—al menos como proceso, si no como resultado final—esta aplicación de la lista completa. Es como si entre seis amigos fuéramos á comer seis duraznos. ¿Cómo los toma-

ríamos? ¿Un durazno cada uno? ¿Todos juntos nos comeríamos los seis duraznos?

Si hubiéramos de comer cada uno seis duraznos, serían necesario treinta y seis duraznos. Pero, señor; se come cada uno uno y los seis se han comido los seis duraznos.

Las seis personas son el distrito ó provincia, que en definitiva ha elegido los seis diputados.

Ese es el modo racional de proceder; y esto sería la circunscripción. Pero véase el absurdo á que lleva la aplicación actual dentro de la lista completa.

Cada ciudadano de la provincia de Buenos Aires ha elegido veinte diputados. De manera que dentro de la lógica de este proceso, los cien mil electores que hubiera en este distrito habrían elegido dos millones ochocientos mil diputados! Para que se vean los absurdos de la interpretación ó aplicación. (*Risas*).

Este es un proceso meridional, tartarinesco, de aquellos en que se cuenta como dicen que hacen en algunos países, que cuentan multiplicando, de modo que cuatro mil soldados de caballería son diez y seis mil patas de caballo. (*Risas*).

¿A qué ir á estas aplicaciones, cuando se tiene la aplicación tan sencilla, de que cada uno tome un durazno, es decir, que cada treinta y tres mil habitantes elijan un diputado, y los cien mil electores de Buenos Aires los que les correspondan, subdivididos en esta forma y aplicadas las cosas con un método mucho más racional.

Pero de todas maneras parece resultarnos que no nos encontramos cómodos dentro de este sistema de la lista completa, mirado con la óptica del presente.

En aquella evolución de las provincias que he recordado, en que los señores diputados ven evidentemente que han venido las distintas tendencias al Congreso—son hechos que no se pueden discutir—como han venido también al cuerpo electoral; se produce el estallido final, tal vez coincidente con este sistema, tal vez determinado en parte por la acentuación de la entidad provincia, que este sistema favorece; llega el estallido del 80, que tiene en su entraña otro proble-

ma: no era la cuestión si había de ser Roca ó Tejedor, sino que la cuestión era la Capital de la República; lo comprendió Avellaneda y la resolvió.

Entonces la gravitación central empieza á actuar de una manera incontestable; las entidades políticas provinciales desaparecen y este sistema de la lista completa empieza á dar los resultados de unanimidad que ahora se notan y que es preciso evitar; lo que sucedía, tal vez, no tanto por razón de los hombres, como por razón de las cosas, que era también el concepto de Mitre cuando renunciaba su candidatura á la presidencia de la República.

Y el actual Poder ejecutivo propone, como una solución contra la unanimidad, y para la representación de las diversas tendencias políticas en el Congreso, como un arbitrio, como un procedimiento, diríamos dinámico, la lista incompleta, que tiene estos tres resultados posibles. O la mayoría se desdobra y disciplina con eficacia, y entonces viene sola al Congreso y se defrauda el propósito. O la mayoría se equivoca al desdoblarse—lo que es muy fácil y muy peligroso para ella—y el resultado del escrutinio cambia totalmente y la mayoría se convierte en minoría, y el sistema de la lista resulta también defraudado en su resultado. O la ley tiene una aplicación ideal y perfecta, y entonces viene la mayoría mutilada en un tercio, y una de las minorías.

¿Y los otros cuatro partidos?... porque aplicando las cosas prácticamente, en la capital, por ejemplo... tal vez me sería más fácil tomar el caso de la provincia de Buenos Aires, que conozco más de cerca; tendríamos allí el partido cívico, uno; el partido conservador, dos; el partido radical, tres; el partido que se forma ahora, muy respetable, de la defensa rural, cuatro; la unión nacional, que es un partido que trata de entrar en la liza, cinco; y el partido que el señor ministro no ha contemplado, como él dice, que es el partido más numeroso, el de los hombres que no tienen partido, seis.

Entonces resulta que la representación de la provincia de Buenos Aires habría venido con dos tercios del partido conservador, suponiendo que el partido conservador fuera el que ga-

nara la elección, y un tercio de cualquiera de los otros. ¿Y los otros cuatro partidos, en qué condiciones quedarían? Quedarían en la condición de excluidos, y los inconvenientes que se han señalado respecto de la lista completa, que son los que determina la exclusión, es decir, la abstención, las conspiraciones, todos los contragolpes de las unanimidades, se producirían por razón de cuatro en vez de producirse por razón de cinco, con lo que no habrían cambiado los términos del problema.

Pero hay otra observación bastante curiosa que se puede hacer á este sistema de la lista incompleta.

Se convoca á una elección por ejemplo por doce diputados. La ley dice: los partidos no podrán votar más que por ocho. De manera que este sistema plantea la omisión de la deliberación—porque el voto es la acción, la ejecución de la deliberación—y del voto sobre un tercio del problema.

¿Qué hace el señor ministro con el tercio que queda? Cada uno se ha pronunciado por ocho; por cuatro no se ha pronunciado nadie; el problema era de doce. Es como si la cámara considerara una ley que tuviera doce artículos y se resolviera previamente esto: la mayoría vota ocho artículos, y los otros cuatro los toma la minoría. No se ha deliberado sobre los otros cuatro, no ha deliberado la mayoría, no ha deliberado la minoría: los ha tomado la minoría por un arbitrio. (*¡Muy bien!*)

De manera que este sistema no solamente cercena el voto, como decía muy bien el señor diputado por Buenos Aires, doctor Avellaneda; algo más, este sistema cercena el problema, omite la deliberación del pueblo sobre una tercera parte del problema, que deja pendiente.

Sr. Agote—¿Y en el caso de que no se presentase más que un solo partido?

Sr. Costa—Entonces me parece que no se podría aplicar de ninguna manera la ley, y si se presentara ese partido solo, no se habrían elegido más que ocho diputados. De manera que la observación del señor diputado confirma y complementa mi demostración.

Sr. Fonrouge—El propósito del señor diputado Agote es despacharse solo entre los dos. (*Risas*).

Sr. Costa—No se puede interpretar propósitos. Es lo que no se puede decir en el parlamento, cuál ha de ser el propósito del que habla. Indudablemente cada uno ha de tener su propósito. El del señor diputado Agote no ha de ser probablemente el del señor diputado Fonrouge.

Sr. Agote—Sobre todo yo no había encargado al señor diputado Fonrouge, que interpretara. (*Risas*).

Sr. Fonrouge—Es que el señor diputado está haciendo una exposición muy interesante, pero en un orden de ideas que oportunamente...

Sr. Costa—Eso es: ya será oportuno.

Sr. Fonrouge—... cuando se discuta en particular, me será muy grato contestarle.

Sr. Costa—Es inútil insistir en que este sistema sugiere y suscita los acuerdos políticos, que no son sino el enervamiento de los partidos, puesto que tienen que consistir siempre en la declinación de las ideas y programas de cada uno; y los sugiere porque, realmente, si las otras minorías no pueden entrar, tratarán de entrar de alguna manera, poniéndose de acuerdo con otras minorías.

Esto es, pues, la sugestión, la fórmula artificial y legal del acuerdo, ó más bien dicho, es el acuerdo que ha pasado de un procedimiento de partido á ser una institución legal: la institución legal del acuerdo como procedimiento electoral. (*¡Muy bien!*)

Tiene además la lista incompleta el inconveniente común á todos los sistemas numéricos. El señor ministro del interior... y le pediría un poco de atención en este momento, porque me voy á referir á una observación que él ha hecho. (*Risas*).

Sr. Ministro del interior—Sí, señor.

Sr. Costa—El señor ministro hace muy bien. He notado que cuando hablan los diputados que están en el orden de sus ideas, aplaude y los estimula con la mano; y cierra los ojos, no sé si para no atender, cuando hablan los que están en contra... (*Hilaridad general*).

Yo encuentro eso perfectamente bien, señor ministro...

Sr. Ministro del interior—No, señor... cerraré los ojos porque no necesito ver, pero atiendo con el oído.

Sr. Costa—Yo voy á aplaudir, sin restricción, á todos los diputados que han hablado en orden á las ideas en que yo estoy hablando, y voy á dejar que á los otros los aplaudan los adversarios. (*Risas*).

De manera que el procedimiento que tiene el señor ministro es el mismo mío. (*Hilaridad general*).

Yo digo que este sistema de lista incompleta tiene el inconveniente común á todo sistema numérico en general, en tanto que la circunscripción no es un sistema numérico, es real, de movimiento, de vida. En este no hay más que sumar, como decía el señor ministro.

El de la lista incompleta es un sistema numérico en que hay varias operaciones que hacer, y esa es toda la razón de ser del fracaso del de la representación proporcional,—que es el sistema ideal y perfecto en el orden teórico y científico,—establecido en la provincia de Buenos Aires; fracaso comprobado allí hasta el punto de llegarse con este sistema, en ese estado ó provincia en que más se manifestaba, como es natural—por la concurrencia de los medios que habría para ello en cierta medida,—la libertad política, á la más perfecta unanimidad, con ese sistema de representación proporcional. Porque es numérico. Porque en materia de cuentas es lo mismo que en materia de cuentas: cada uno las hace á su gusto. El que hace las cuentas establece los saldos para él y no para el adversario. (*Risas*).

Los que hacen cuentas en estos casos no son jueces, son mayorías políticas, y por eso todo sistema numérico, como el de la representación proporcional y como el de la lista incompleta, fracasará en la práctica por razón de la cuenta y por razón del juez. (*¡Muy bien!*)

Pero hay más. El señor ministro decía que dentro del plan de la Constitución entran todos los sistemas numéricos que requieren una operación de sumar, por la prescripción de la pluralidad de votos; pero que no entran los que requieren operaciones de dividir. Era el argumento del señor ministro, que tengo aquí anotado, y él decía: «Y en esta inteligencia, la Constitución excluye todos los otros sistemas electorales que para llegar á conferir la representación, fijan el resultado por una operación de dividir».

«Excluye»... Quiere decir que, según el señor ministro, el sistema de lista incompleta está excluido de la Constitución, porque la primera operación que el sistema requiere para establecer la representación, es una operación de dividir.

Efectivamente, se trata de establecer los dos tercios. Los dos tercios no son sino la suma de un tercio con otro tercio. Para establecer esta última, entonces, hay que establecer un tercio en primer lugar, que es lo que el señor ministro omite de la operación. Para establecer un tercio se divide el total de los diputados que haya que elegir, por tres, y entonces, se tiene un tercio. Se suman dos tercios y se tiene el número de diputados porque se ha de votar.

De modo que el sistema del señor ministro empieza por una operación que se halla excluida de la Constitución, según el mismo señor ministro. (*Risas*). (*Aplausos*).

Es además un sistema regional. No se va á aplicar en todos los estados de la República; se va á aplicar solamente de tres diputados para arriba, es decir, en seis provincias.

Y bien: la Constitución ha dicho que el país se divide en distritos electorales de un solo estado. ¿Cómo se explica, de una manera razonable—podrá hacerse, podrá imponerse, pero no me parece que pueda demostrarse como razonable,—que para un solo estado haya dos leyes orgánicas en materia electoral? Esta ley que se va á aplicar de tres para arriba, y el sistema de la lista completa que se aplicará de tres para abajo, siendo así que la Constitución establece que los catorce distritos forman un solo estado;—y se les imponen dos leyes en materia electoral? Me parece que no es necesario forzar de esta manera los procedimientos cuando se pueden encontrar sistemas que no presenten este inconveniente, que es también de orden constitucional.

Dentro de las mismas provincias en que se eligen tres diputados, cuando se elija uno al año siguiente, ya no se aplicará el sistema de la lista incompleta.

Y así el país estará representado de dos maneras. Los diputados serán hijos de dos padres ó sistemas políticos, lo que es mucho decir, y casi inverosímil como filiación (*Risas*); por un lado, los

diputados de seis provincias serán hijos de la lista incompleta, de la representación de las minorías. Todo esto habrá venido así al Congreso si se realizan los cálculos un poco alegres del señor ministro; por otro lado, los diputados de ocho provincias es decir las tres cuartas partes se elegirán por el sistema de la lista completa, como lo observaba muy bien el señor diputado Avelaneda, á quien aplaudo entre otras razones porque estamos de acuerdo. (Risas.).

Yo no sé tampoco, por qué el señor ministro, que busca la representación de las minorías, las reduce al tercio. ¿Por qué esta cifra lo ha cautivado? ¿por qué no les da siquiera la mitad? (Risas). En Entre Ríos, donde son más modestos, les dan la cuarta parte, y así se tiene este resultado: que en Entre Ríos, en 11 años de aplicación de la lista incompleta, hay, según el señor diputado Hernández, tres de la oposición; según otro señor diputado por Entre Ríos, uno, y según el señor diputado Parera, cuatro. Yo tomo la cifra más elevada; siempre son cuatro gatos (Risas). ¿Poco resultado del sistema de representación de las minorías en 11 años, por la lista incompleta!

¿Y qué situación crea para las oposiciones el señor ministro dentro de la máquina que él ha mencionado, y que después tomó por su cuenta el señor diputado por Córdoba, simplemente dando vuelta la manivela para el otro lado.—porque para el señor ministro la máquina son los gobiernos de provincia y para el señor diputado por Córdoba el gobierno de la Nación.—qué situación ha encontrado para las oposiciones, digo, para esta opinión pública mutilada que va á traer por este sistema? El señor ministro ha establecido que de un lado está por dos tercios el oficialismo, con las características que él ha insinuado á su respecto, á las que yo no entro y que no pueden ser más duras, con lo cual el señor ministro va á constituir á la oposición en el tercianero de los oficialismos. (Risas). ¿Esta es la reivindicación, la restauración del sufragio que se viene á proponer por este sistema! Y el dueño del rebaño, según la comparación que sugiere la argumentación del señor ministro, serán siempre los oficialismos; ó en otros términos, la

opinión será la que trabaje para tomar la tercera parte, la que aspirará el humo de lo que los otros humean. (Risas.) Este tercio es la participación que viene á corresponder á la oposición, lo que sería una situación muy cómoda para los oficialismos, porque se traería este tercianero, este testigo para dar fe de todo lo hecho y legalizar sus actos esos oficialismos. No me parece que sea una situación ideal la que se haya alcanzado para las oposiciones por medio del sistema del señor ministro...

Yo voy á decirle al señor ministro lo que en realidad, en la práctica, va á suceder, y sin ir más lejos, tal vez, en la provincia de Buenos Aires. La elección se hará por licitación (Risas); la mayoría, el partido dominante, va á elegir á la minoría, tomándola en las personas, y vendrá, no el caso del pollo que mencionaba el señor diputado Calvo,—á quien aplaudo sin restricción sinó algo poco más ó poco menos; un poco más en el orden de los resultados prácticos, un poco menos en el orden de los resultados políticos y morales. Esa minoría será en la provincia de Buenos Aires la que elija el partido conservador (¡Muy bien!), y las minorías de partidos que quieran transigir no han de ser las mejores, sinó las que quieren llegar á todo trance al Congreso de la Nación y que estarán dispuestas á entenderse amigablemente en todo lo demás con el partido que dispone en la provincia del poder electoral.

Sr. Varela—Es la experiencia que hemos adquirido los políticos de la provincia de Buenos Aires.

Sr. Costa—El señor ministro propone otra incongruencia: el voto obligatorio dentro del sistema de la lista incompleta; y voy á demostrar por qué es una incongruencia.

No me voy á pronunciar por el momento ni en favor ni en contra del voto obligatorio, materia de la discusión en particular. Comprendo que el voto es un deber, aunque en el estado actual del país se alcance difícilmente que pueda establecerse como una obligación; y voy á observar simplemente que tal prescripción no puede proponerse coincidentemente con el sistema de lista incompleta.

Siendo la lista incompleta un sistema que establece para la efectividad del

sufragio la incorporación de los ciudadanos á los partidos políticos, quiere decir que en este sistema para poder prevalecer el elector en cualquier forma, tendrá que incorporarse á un partido político, y entonces, proponer el voto obligatorio en concomitancia con el sistema de la lista incompleta es proponer también el partido obligatorio. Y si es de pensar, del punto de vista de la argumentación del señor diputado por Córdoba doctor Ferrer, que pueda difícilmente convertirse en una obligación lo que la Constitución consagra como un derecho, ó cuando más como un deber, pero no como una obligación con sanción, es absurdo pensar que pueda incluirse también de hecho, como resultado efectivo de una ley, la obligación para el ciudadano de estar incorporado á un partido político; y tal es proponer el voto obligatorio junto con el sistema que propone el partido obligatorio.

En suma, todo resulta obligatorio: el país convertido en un campamento; todos los ciudadanos votando como de línea: cada uno cumple con su deber, pero ninguno ejerce su derecho. Es como los pelos de ciertos calvos: todos están peinados, alineados, cumpliendo cada uno con su deber... ¡pero el calvo, sigue como una bocha!... (Hilaridad y aplausos.)

Pero admitiendo de todas maneras, en la falibilidad del criterio humano, lo difícil que es llegar á la verdad, lo indeciso en todas estas discusiones de sistemas, sobre sus ventajas ó inconvenientes, tenemos finalmente que atenernos en esta materia electoral al único criterio que puede guiarnos: el de la experiencia.

El sistema de la lista incompleta está ensayado, en experimentación, en España, Brasil, Portugal y en la República Oriental, países que si son un dechado en muchas cosas, desgraciadamente para ellos no pueden presentarse como specimen en materia de libertad política, como sí pueden la Inglaterra y los Estados Unidos. El sistema de la circunscripción, al cual entraré después, está experimentado en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Suecia, Italia, Holanda, etc., países que realmente pueden ofrecerse como modelos en la materia experimental del sufragio. De tal manera que ante los resultados que

ya he presentado y que me parece no se pueden discutir, porque son casi aritméticos, casi axiomáticos, el señor ministro, que se ha llamado á sí mismo anciano, sin razón, ya que sólo se encuentra en el umbral de la vejez, se hallará ante este proyecto en la situación más delicada en que un hombre pueda encontrarse en ciertas condiciones, y es en el peligro de que le digan que sí... (Risas). Mientras le digan que no, todo va muy bien... y él cada vez más emprendedor... pero ¿si le ceden, si se lo votan, qué hace con la imposible conquista? (Risas y aplausos.) Al señor presidente de la República, por sus calidades, por sus prestigios, la vida le ha dicho siempre que sí, á tal punto que quién sabe si algunas veces tuviera que lamentarse y decir: por goloso, etc. (Risas.) Tal vez sería bueno para su salud, para su acierto, decirle una vez que no...

Y yo creo, señor presidente, que la mejor demostración de la reacción que inicia este gobierno, en cuya sinceridad y en cuyo patriotismo tengo completa confianza, estaría hecha, si después de más de un cuarto de siglo, fuera derrotado el Poder ejecutivo una vez en el parlamento, de tal manera que la reacción empezara por el principio, que es el Congreso.

Voy á ocuparme de otro punto; se ha notado en este debate, y esta circunstancia tal vez vaya á influir como una dificultad en la deliberación final, que cada uno hace su exposición, como si dijéramos que cada uno construye su edificio, lo que va á dar por resultado que nos encontraremos con una serie de edificios y no vamos á saber con cuál quedarnos. De modo que es necesario tratar de demoler los edificios de los otros; que cada uno lo haga así, tratando, mediante la réplica, de eliminar los de los demás para edificar el propio, á fin de ver cuál es el que puede quedar y servir.

El señor ministro ha hecho, como es natural, un bello discurso, que, para mí, se ha dividido en dos partes: la demostración, que yo no he entendido, sin duda por mi deficiencia; y la parte que yo he entendido, en la que el señor ministro no ha demostrado, y en la que ha sido admirable é incongruente.

El señor ministro dice que el fundamento constitucional del régimen electoral, — y á mi juicio lo dice con razón plena, — es la elección directa por el pueblo, y el señor ministro agrega que el sistema que él presenta favorece y determina la selección de los candidatos por medio de los comités. Yo tomé notas del discurso del señor ministro: decía «comités». En el discurso, tal como ha salido en la versión, no aparece el término «comités». Pero se mantiene «selección», y basta; aunque el señor ministro dijo «selección de comités». No vale la pena, son correcciones que uno tiene el derecho de hacer; no ha alterado el pensamiento de fondo: dice «selección». Ahora, yo le digo al señor ministro — aparte de la incongruencia de forma que hay en emplear la palabra «selección», refiriéndose á comités, porque donde hay selección, no hay comités, y donde hay comité, no hay selección, es decir que no es el comité el campo de la selección, porque, al contrario, podría ser de la inferiorización, como concepto; — hay una incongruencia que es de fondo: el señor ministro sostiene, como sostenemos todos, el régimen de la elección directa por el pueblo, y yo digo que, si hay selección, hay una limitación á esa elección directa, hay una restricción, en el único momento en que el pueblo gobierna, que es cuando elige. Por eso dice Alberdi: «ser libre es elegir». Para ese momento en que el ciudadano va á elegir, el señor ministro le establece un sistema que determina una selección, y que ó no es nada ó es una modificación de la elección primaria del elector. Por la selección del comité, la elección primaria del elector se habría modificado; ó sino, nada significaría el sistema. De manera que significando algo el sistema, significa desvirtuar el voto del elector, que es desvirtuar todo el sistema de la Constitución, puesto que importa substraerle al elector la libertad primaria de su voto, que es el fundamento mismo del gobierno.

Por eso digo que es una incongruencia decir «elección directa» y decir «selección de comité».

El señor ministro dice: «ante todo representativo», en una de sus afirmaciones, como característica del sistema electoral de nuestra Constitución.

Me parece que dentro de los sistemas

de lista, la condición, el carácter representativo se disminuye y se deprime, porque se aleja al elector del elegido, porque se desnaturalizan las condiciones esenciales del mandato, entre las cuales se encuentran, no sólo el conocimiento, sino el afecto ó el aprecio, por lo menos, á la persona elegida para ejercerlo. De tal manera que, dice creo Benton, que es preciso que se represente el derecho, el interés, la intención. Eso es lo que Benton entiende por sistema representativo ó por mandato, y eso no se obtiene por los sistemas de lista.

Y debo hacer notar que estamos haciendo la discusión entre el sistema de lista completa y el de lista incompleta con diversos distinguos; y la discusión debe ser, no entre esos sistemas, que en resumidas cuentas no constituyen sino uno, puesto que se trata del sistema de lista, sea ella completa ó incompleta, sino entre el sistema de lista y el sistema uninominal, es decir, entre el voto plural y el voto singular. Es sobre esos puntos sobre los que debe versar la discusión, porque los dos sistemas son substancialmente distintos. Los defectos que tiene el sistema de la lista completa también los tiene el de la incompleta, en cuanto son defectos comunes á todos los sistemas de lista, como son los que se refieren al alejamiento de los electores, á las deficiencias para la constitución del mandato, al pronunciamiento colectivo, á la imposición colectiva también por parte de los poderes... porque es mucho más fácil imponer una lista de candidatos que imponer candidatos en muchas circunscripciones...

¿Cuántas son las de la provincia de Buenos Aires?

Sr. Lacasa—Veintiocho.

Sr. Costa—Es mucho más fácil hacer una imposición que veintiocho imposiciones.

Es mucho más fácil hacer una imposición con el sistema de lista, aparte de la consideración que he aducido, por esta otra razón: porque al elector de Bahía Blanca, por ejemplo, no le interesan en manera alguna los candidatos que figuran en la lista elaborada en la capital y en la que van ciudadanos de San Nicolás ó de otros puntos y que él no conoce.

El señor ministro decía, refiriéndose á la máquina; lo que es el poder central no interviene para desmontar la máquina — son sus palabras. Y al lado de eso, el señor ministro dice este otro: el comicio será para todos.

Desde luego, el señor ministro establece ya que existen catorce oficialismos que se toman ellos los dos tercios. Entonces ya no es para todos... Esa parte de los catorce oficialismos, que no son nadie en materia electoral y que se toman los dos tercios, elimina esos dos tercios, que son para nadie. Entonces, ¿qué le queda al país? No le queda al país, á la opinión pública más que un tercio, de donde resulta que la afirmación de que el comicio será para todos, junto con la afirmación de que no se interviene para desmontar la máquina, determina una incongruencia y una inexactitud, porque ya se ve que no será el comicio para todos, pues, desde luego es para catorce oficialismos, que no son nada como opinión según el mismo señor ministro.

No hay, pues, tal comicio para todos; es sólo una frase bonita.

A mi me parece, señor, que todo esto es en parte por el defecto de la inclinación á los tópicos y al tutelaje. Es como el sistema prohibitivo ó proteccionista, del cual tampoco soy partidario entre nosotros en materia económica.

Es preciso que el pueblo vote, — dice el señor ministro, — «pues el pueblo votará.» Como si dijera: «las almas se levantarán.» Pero en este caso, no sería por el impulso moral, sino por el voto obligatorio que el señor ministro imponía, diciendo: que vote, pero que vote así, tutelado, que vote en comité, que vote en lista, que vote seleccionado, que vote en partido.

¿Y quién le ha conferido al Congreso ó á los gobiernos la misión de fomentar ó formar los partidos políticos? ¿Qué tienen ellos que ver con éstos? No sólo no tienen que ver, sino que se dirige este sistema electoral á quien no debe dirigirse, es decir, al partido político, cuando la Constitución en materia de voto se dirige individualmente al ciudadano, como la libertad moderna tiene de característica que es individual, porque es la independencia que ha de existir de un hombre con respecto á otro

hombre, por la cual un hombre ha de hacer lo que le parezca, sin la intervención de otro hombre.

Ese es el concepto de la libertad moderna, y la ley electoral ha de dirigirse á cada ciudadano, como la Constitución dice, á razón de un diputado por cada treinta y tres mil habitantes del pueblo de la Nación. No dice de los representantes de partidos políticos, ni tampoco de las provincias.

Y por esta obsesión de que es preciso formar partidos. — ¿Vamos á fomentarlos artificialmente? ¿Vamos á llegar al tutelaje?

La formación de partidos no debe preocupar al Ejecutivo ni al Congreso. Se formarán ó no se formarán. Seguramente se han de formar, porque son una tendencia de las colectividades. Y cuando desaparecieran en casos dados por la acción de la circunscripción los partidos personales ó circunstanciales á que se refería el señor diputado por Córdoba, será porque no tienen bastante virtualidad, y entonces es preferible que desaparezcan. En Inglaterra y en Estados Unidos no desaparecen por la circunscripción.

¿Que el pueblo así votará! Y se llega á todos estos artificios, por alcanzar ideales intangibles!

Me parece que hay otra incongruencia mucho más grave que todo, y que la encuentro de fondo como política de actualidad.

Cuando el señor ministro ha dicho en términos generales y absolutos: el Poder ejecutivo no interviene para desmontar la máquina, no ha dicho exactamente lo que dice y hace ó lo que ha dicho y hecho el Poder ejecutivo en casos dados; porque ha intervenido, y no sólo ha desmontado la máquina, sino que ha destruido totalmente la máquina, como en la provincia de Santa Fe.

Y no lo digo por el momento como censura, porque estoy de acuerdo en el fondo con muchos rasgos de esa política; pero digo que esta manifestación, esta declaración, no es concordante con aquellas declaraciones y aquellos hechos. Y que si en Santa Fe se pudo llegar hasta la facultad extraordinaria y hasta la revolución para cumplir los fines que en un momento dado entendía que debía cumplir el Poder ejecutivo, eso no coincide con

una declaración que establece la impunidad, la inmunidad y la prepotencia de los oficialismos, que el mismo señor ministro declara que son atentatorios, que defraudan y suprimen la libertad electoral en las provincias.

Digo que en esto hay contradicción. Ahora, por lo que se refiere a las declaraciones más ó menos discutibles que el señor ministro hiciera con relación al Congreso, yo no voy á tomar esto en un tono, diríamos, trágico. Podrá haber sido un sermón más ó menos inoportuno, porque ya estamos viejos para sermones. Más bien estaríamos en el caso,—y sin excluir al señor ministro,—de decir un «yo pecador» de cuando en cuando. (Risas).

A mí me llamó la atención esta situación tan rara que se creaba el señor ministro diciendo á la cámara, muy bien, en una forma admirable,—porque debo agradecer al señor ministro la oportunidad que me ha dado después de tantos años que tengo el gusto de conocerlo, de poder esucharlo por primera vez—y me ha cautivado su elocuencia.

Sr. Ministro del interior—Es el mismo sentimiento que me ha causado el señor diputado, al escucharlo.

Sr. Costa—No, señor; y yo converso sencillamente. Muchas gracias.

Empezó el señor ministro diciendo cosas raras á la cámara, cosas algunas nada agradables. Yo me preguntaba: ¿cómo no le piden al señor ministro explicación sobre estas cosas? Entonces me venía á la memoria aquella escena de Cyrano de Bergerac, en la que un personaje va á una cita y se ve detenido en su camino por un ser raro que le estorba el paso y que le empuja á decir cosas extraordinarias. El personaje que se ve detenido así por ese importuno, se impacienta; pero Cyrano concluye por cautivarlo de tal manera, que acaba por escucharlo y aplaudirlo. Este mismo caso podría aplicarse al señor ministro y preguntarle como á Cyrano: ¿Y usted quién es y de dónde ha venido? (Risas). El señor ministro habría contestado:—¡De la luna!...—y este ser sideral, venido de la luna, habría continuado contando cosas extraordinarias, refiriendo de los planetas, de los espacios, de las estrellas!...—en tanto que la cámara, que

estuvo impaciente y molestanda, acaba por cautivarse completamente con esta relación, con la elocuencia y con los rasgos del orador, y concluye por aplaudir, después de oír todas las cosas que le decía el señor ministro, que venía de la luna!... (Grandes risas. Aplausos en las bancas y en las galerías).

Ahora, yo no creo,—y lo descarto, por lo que á mí se refiere—que una vieja amistad con el señor ministro haya podido dar lugar á hablarse de este proyecto. Un colega y amigo común me dijo si quería yo conversar con el señor ministro del interior—creo que no era por indicación del señor ministro—para hablar sobre este asunto. Como estaba convencido de mi sencillez, porque yo siento las cosas y me dejo llevar por las inspiraciones de este músculo (señalando el corazón), que es el que ayuda á los hombres sencillos y de buena voluntad... (¡Muy bien! ¡Muy bien!) yo le dije á este amigo: «¿A qué iría? ¿Para convencer yo al señor ministro?—Creo que sería inútil.» (Risas).

Yo no pienso que sea cierto esto de que haya tratado el señor ministro de obtener votos más ó menos condescendientes, más ó menos violentados por la amistad y por la autoridad que sin duda tiene. No puedo creer eso, porque tratándose de una cosa nueva, sería demasiada confianza en sí mismo, omitir los resultados de la deliberación, puesto que si la ley pasara y sus efectos fueran adversos, ¿cuál no sería la responsabilidad del señor ministro, si esta ley hubiera pasado bajo una presión en los votos del Congreso y resultara un desastre?

No, señor; que se discuta, que cada uno delibere, que cada uno traiga sus argumentos, que tal vez destruyan los de él; le harán un servicio, si está equivocado. Y nadie que propone una cosa nueva puede anticipar que está seguro del acierto.

Descartada así esa insinuación de la presión sobre los votos del Congreso, que por otra parte no está en los hábitos de este gobierno, continúo con mi réplica.

El miembro informante de la comisión, doctor Fonrouge, ha hecho lo que debía hacer un miembro informante: él no estaba encargado de concluir la cuestión, él estaba encargado de expli-

carla ante la cámara, y de someterla, así, á la deliberación de la cámara. En ese sentido él ha hecho manifestaciones muy interesantes, que hoy mismo he estado consultando, para orientarme definitivamente sobre los matices de los puntos que voy á tratar. Me ha sido muy útil el discurso del señor miembro informante con el cual no estoy absolutamente de acuerdo en ninguno de sus puntos. (Risas).

Después, y en seguida del ministro, se alza un joven diputado de calidad y de raza, el diputado Roca, que mueve las armas de Rolando, y las movió. Así,—lo elogio sin restricciones—estamos de acuerdo. (Risas).—Viene después, me parece, el discurso del diputado Cárcano, que no voy á elogiar en cuanto se trate de realzar argumentos que á mí me pueden contrariar en mi tesis, pero que lo elogio complacido como el discurso de un hombre de pensamiento y de un hombre de letras, ya que no como el de un sostenedor de la lista incompleta, porque al contrario, ha tenido pasajes en que más bien parecía inclinarse á algún otro sistema. (Risas).

Después, crítico el discurso del señor diputado Cárcano, y hasta lo presento, dentro de su elocuencia indiscutible, como una muestra de lo que podría ser en este momento el estado de los espíritus. En realidad, la única libertad de que hacemos uso en este momento, en general, en todas las cosas, es de la libertad del aplauso. El discurso del señor diputado Cárcano ha aplaudido á todos los oradores, ha absuelto todos los errores, ha hecho un retrato muy bonito, á lo Rembrandt, del partido radical, que sin embargo,—como estos radicales... no está presente el señor diputado Sosa Carreras, que es el último Abencerraje que queda en la cámara (Hilaridad general)...—no lo ha satisfecho del todo al representante radical que hay en la cámara, y hasta creo que se propone hacer sobre él alguna observación.

El señor diputado Cárcano finalizó en un himno al Poder ejecutivo. Y su discurso es así una apología. Y yo digo: cuando el Poder ejecutivo acierta, no hay necesidad de decirselo; cuando el Poder ejecutivo está en error, es indispensable decirselo. Así en el parlamento la apología no es útil, y la crítica es indispensable. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Además, las apologías son peligrosas: echan á perder á los gobiernos, y á veces, los echan abajo. (¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).

Viene el discurso del señor diputado Ayarragaray, que no puedo sino aplaudir, porque se manifestó en contra de la lista incompleta, aunque vota por ella por razones políticas. Si estuviera el señor diputado Ayarragaray, yo le haría una pregunta, porque su discurso me ha dejado una duda grave. Ha dicho que tenía solidaridad política con el presidente de la República. Había dicho que él creía en los gobiernos de partido, que los gobiernos debían ser de partido, y en ese sentido había criticado á este gobierno porque no era gobierno de partido.

Pero, después, dijo que tenía solidaridad política con el señor presidente de la República; y como yo creo que la palabra solidaridad implica concepto de reciprocidad,—si el presidente de la República tenía también solidaridad política con él, hombre de partido, entonces esto ya sería contradictorio con la manifestación que acababa de hacer el señor ministro del interior (Risas) de que el Poder ejecutivo no intervendría nunca en la política particularista ó de partido.

El discurso del señor diputado por Tucumán, quien no solamente tiene toda mi predilección del punto de vista intelectual, sino que además tiene todo mi afecto,—me hacía la impresión de una selva de su provincia, en la que uno entra y ve las lianas, las enredaderas, las flores del aire, pero no ve los troncos ni las ramas, que serían como los huesos y los músculos del razonamiento; y oye dentro de esas lianas y enredaderas al pájaro de vistoso plumaje, que canta y encanta pero no convence. El señor diputado por Tucumán repudió en su discurso—y tengo aquí señalados sus conceptos—el sistema de lista, y se pronunció por el sistema de la lista incompleta, que es el sistema de lista, porque no es otro sistema. De modo que todo su discurso era una contradicción.

Ahora el discurso del señor diputado por Córdoba, doctor Peña, que es duro de pelar. (Risas.)

Felizmente, no lo puedo tratar del punto de vista técnico ó constitucional, porque el señor diputado por Córdoba

dividió la cámara en dos partes: los que saben y los que no saben. Naturalmente, yo me incluyo desde luego en el segundo grupo, y por eso tal vez no alcancé bien la eficacia de la interpretación del señor diputado por Córdoba en cuanto a la parte constitucional, y en cuanto a establecer la superioridad de su sistema de lista incompleta sobre los otros sistemas, que era lo que había que demostrar.

El señor diputado por Córdoba, al interpretar la Constitución, se refirió exclusivamente—y aquí está su discurso—al artículo 37, lo cual, desde luego, no es una interpretación amplia; porque hay los otros artículos a que muy bien se refería el señor ministro del interior, los que establecen el sistema representativo, los que establecen la elección directa: — que son también conceptos y sustancia que hay que tener en cuenta y que hay que pesar al hacer una interpretación constitucional.

A él le preocupaba mucho la armonía que él decía que debe haber entre el Congreso y el Poder ejecutivo, de tal manera, que llegó a sostener que cuando no hay esa armonía viene la disolución. A mí me parece que la desarmonía y la contradicción entre el Congreso y el Poder ejecutivo es el estado normal, regular, diríamos, en la democracia, en la República, en el sistema representativo; así es que esta parte no me preocupa tanto como al señor diputado por Córdoba.

Críticaba mucho el señor diputado el sistema de las circunscripciones con relación a la voracidad local que suscita. Era otra de las razones que daba el señor diputado. Entonces no nos explicaríamos cómo los diputados de las provincias, dentro del sistema que no es el de las circunscripciones, piden todos los días para sus provincias... y no son los últimos los de la provincia de Córdoba. (Risas).

Después—y aquí entro a la parte sustancial de la argumentación del señor diputado por Córdoba—se refería finalmente a la máquina y decía: «Es cierto lo de la máquina; pero es que la manivela no la tienen tanto los gobiernos de provincia como el poder central, y agregaba: despojese el presidente de la República de todas esas atribuciones

que determinan tal gravitación del poder de la Nación en las provincias, hasta el punto de borrarlas completamente del mapa político como influencia, dentro de cuyo sistema es imposible fundar la libertad. Parece que se refería a la conveniencia que habría en legislar sobre ese punto, de acuerdo, tal vez, con el presidente de la República, para despojarlo de todo esto; casi todo lo cual está comprendido como facultades privativas del presidente en los términos expresos de la Constitución.

De manera que el señor diputado le pedía nada menos que la abdicación o la renuncia al presidente de la República; y es indudablemente que antes de despojarse el presidente de sus facultades, aún de las que tiene en el orden administrativo...

Sr. Peña—No, señor.

Sr. Costa—Después me rectificará el señor diputado. Déjeme continuar porque mi argumento me gusta. (Risas).

Antes que eso, el señor presidente de la República tendría que renunciar su cargo.

Pero el señor diputado no tocó el verdadero punto de la cuestión.

Las facultades constitucionales que ejerce el presidente de la República, es cierto que gravitan mucho, mal ejercidas, y que pueden gravitar sobre la libertad política y sobre el voto del pueblo. Pero en primer lugar, podemos ir, en todas estas discusiones que hacemos, en homenaje a la manifiesta libertad de nuestras opiniones, hasta el punto extremo, pero siempre con una confianza substancial de que en las manos en que están esas facultades, nunca van a ser empleadas en contra de las libertades públicas...

Sr. Cárcano—¡La apología!

Sr. Costa—De manera que no hay que pedirle declinaciones al señor presidente, de sus facultades constitucionales; hay necesidad de pedirle, y yo le voy a pedir en términos más categóricos que el señor diputado Peña, cuando llegue a esa parte de mi réplica, que se despoje de las facultades extraordinarias que pueda tener en su mano, antes que ejercitarlas, tal vez con las mejores intenciones, en un momento difícil de la opinión pública y de los partidos políticos. Y ese pedido debió hacerlo el se-

ñor diputado por Córdoba al anterior presidente de la República, como se lo pidió yo, con relación al 25 de enero, o en cualquier otro momento; como debió pedirle de su punto de vista al presidente anterior, que se despojara de tal grado de facultades, que él considera ahora excesivas en manos de este presidente y que son facultades constitucionales que gravitan y que no vienen de esta presidencia, sino de la anterior y de las anteriores y de la Constitución.

Pero yo no voy a acentuar la crítica al discurso del señor diputado por Córdoba, porque él, en la altura de su espíritu, en la amplitud de su razonamiento, al finalizar, está completamente de acuerdo con la tesis que sustentó, aunque no lo está respecto de la ley que se presenta; porque está de acuerdo con las comunas, y dice estas frases, que deben repetirse, por que son exactas, y porque sé que encierran las ideas de fondo del señor diputado.

Decía él, refiriéndose a las comunas en otros países: «La localidad no sólo nombra sus autoridades, sino que esas autoridades comunales son las que fijan la tasa de la contribución; ellas tienen todo lo que puede interesarles de inmediato; ellas tienen la policía; ellas tienen la justicia; en fin, toda la autoridad está en poder del pueblo.»

«Allí se realiza el gobierno del pueblo por el pueblo.»

Ahora bien—el señor diputado por Córdoba—vota por la lista incompleta. Dentro del concepto citado el señor diputado por Córdoba está, en su sentir, en plena comuna, y entonces estamos completamente de acuerdo. Es cierto que él piensa que por circunstancias accidentales, según he podido saberlo en conversaciones privadas que con él he tenido, las comunas de la República no estando organizadas en los términos convenientes, no es todavía oportuna la ley de circunscripciones, pero está completamente de acuerdo con nosotros. Puesto, que está de acuerdo con la comuna misma, fundamento de nuestra manera de resolver la cuestión electoral.

Ahora voy a tratar de dar las razones por las cuales yo me decido por el sistema de la circunscripción y por el voto uninominal.

Desde luego, como he dicho ya, este

no es un ensayo, aun entre nosotros. Tiene el prestigio y la experimentación de los primeros países de la tierra, los primeros digo, en orden a la libertad política y al gobierno de las naciones; y este sistema entre nosotros,—como lo dijo ya el diputado Mariano de Vedia, en su gran discurso como miembro informante de la comisión de esta cámara—hace 40 años que golpea las puertas del Congreso, presentado por todos los presidentes, con rara excepción, como lo voy a demostrar, y sostenido por los parlamentarios más distinguidos. Y antes de citar otras autoridades, voy a nombrar al autor de la Constitución, a Alberdi, para quien el sistema de lista es monstruoso y repugnante a la libertad política, y para quien el sistema de la libertad es el de la circunscripción y del distrito.

Tengo aquí en un pequeño folleto los datos esenciales en una colección de artículos—tres o cuatro fundamentales—como todos los que él escribía—del ilustre periodista don Agustín de Vedia, publicados en «Tribuna» para sostener el sistema de la circunscripción cuando se trataba de derogarlo en la administración del presidente Quintana. Tenía Vedia dos condiciones: una como amigo, que cuando daba su amistad era para siempre, otra como periodista, que cuando escribía, la cuestión estaba concluida, y escrito estaba. En una ocasión se retiró en un momento dado de «Tribuna», que era el pan de su hogar, porque no sabía cómo escribir un artículo en favor de la ley de conversión (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Dice Sarmiento: «En 1858 mi primer paso en la vida política fué proponer la supresión del escrutinio de lista, que lo denunciaba suicida y liberticida, como lo ha probado el hecho. Los oportunistas de la cámara lo observaron. Apenas tuvo el poder de aconsejar leyes a la Nación continuamente pedí al Congreso la subdivisión de los estados en distritos electorales, uno por cada representante. Los gobiernos electores, hijos espúreos del escrutinio de lista que ponen en manos del tinterillo, lo hicieron fracasar. Llamado otra vez por Avellaneda al gobierno, acudí a suprimir al auxiliar que ya se había fraguado el escrutinio de lista.»

Y viene Avellaneda.

«Habrà,—dijo Avellaneda, fundando la ley que proponía también al Congreso sobre escrutinio uninominal,—habrá una representación más completa y pura de la opinión, porque el voto del elector será más directo, porque va á elegir á quien conoce y no por vagas informaciones que vienen de lejos, y por otras razones más categóricas todavía. Necesitamos introducir, en el sistema de la lista actual una innovación fundamental: votar por uno solo, dividiendo cada provincia en subdistritos electorales proporcionados al número de diputados que se va á elegir.

Viene la primera presidencia de Roca, en que no se propone todavía nada á este respecto. Le sigue la del doctor Juárez Celman, quien dice en un mensaje:

«De acuerdo con tales ideas, tengo el propósito de iniciar la reforma en estas mismas sesiones para substituir el sistema actual de elección por lista, por el de elección unipersonal, haciendo en cada provincia de la República una división proporcionada á su población y al número de sus respectivos representantes. El momento es propicio para esa reforma».

Pellegrini, como presidente,—se sabe que su presidencia fué ardua, tal vez transitoria,—tuvo que remover, entre sus grandes manos, todos los problemas que agitaban en ese momento la escena. No tuvo tal vez tiempo para ocuparse de éste, del que se ocupó luego, como senador al Congreso, pronunciándose decididamente por el sistema de circunscripciones.

Viene la presidencia del doctor D. Luis Sáenz Peña, quien manifiesta: «Una de las primeras preocupaciones de mi gobierno fué la reforma de la ley electoral de la Nación. En mi mensaje anterior di cuenta del nombramiento de una comisión de distinguidos ciudadanos, á quienes se sometió el estudio del sistema que mejor consultase los progresos del derecho constitucional y asegurase la verdad y proporcionalidad del sufragio y de la representación popular. La comisión llenó su cometido, y oportunamente remitió al honorable Congreso el proyecto confeccionado sobre la materia, acompañado de un mensaje en que recomendaba á vuestra honorabilidad la atención que reclamaba este pro-

blema palpitante y primordial de nuestra democracia». Este era el proyecto de ley del voto unipersonal ó del sistema por distritos.

Viene la segunda presidencia del general Roca, en la que es sabido que propuso la ley de circunscripciones que fué sancionada. Viene después la del doctor Figueroa Alcorta, quien en 1910, se expresa así: «en diversas oportunidades como la presente he señalado las causas y antecedentes, así como los medios que conceptúo eficaces para el mejoramiento de nuestras prácticas político-electorales. No he de repetir aquellas consideraciones, pero reitero la firmeza de mi opinión al respecto, extensamente expresada en los fundamentos de la reforma propuesta á la consideración del honorable Congreso, en puntos tan esenciales como la modificación del padrón electoral y la elección por circunscripción, que considero indispensable y urgente restablecer en el régimen de nuestra ley electoral».

Aquí están, pues, todos los presidentes con excepción de Quintana, de quien luego me ocuparé, y de Mitre y Pellegrini que después, se han pronunciado favorablemente, á la circunscripción como ciudadanos y como parlamentarios.

Se han pronunciado también en favor del escrutinio por circunscripción: Gorrostiaga, Vélez Sársfield, y todos los autores de la Constitución; los López, á quienes hay que citar en familia, cuando se trata de servicios prestados al país (*¡Muy bien!*), Elizalde, Quirno Costa, Goyena, Del Valle, Igarzábal, Alcorta, Alsina, Quintana, Rawson... Quintana se pronunció como miembro de la comisión de la provincia de Buenos Aires, sobre el fondo del sistema. Hago esta aclaración sobre la opinión de Quintana, porque este eminente ciudadano pidió la derogación de la circunscripción por la inconstitucionalidad de que creía afectado el sistema, pero no por disidencia sobre el fondo, que había sostenido en aquella convención de la provincia de Buenos Aires. Están Mármol, Obligado, Rocha, Garrigós, Demaría, Irigoyen, Molina, Balestra, Cané, Alem, González, Gonnnet, Pinedo, Olmedo, Adolfo Alsina, Manuel Augusto Montes de Oca, los senadores Frías, Echagüe, Villanueva; en fin, todos los parlamentarios del país.

Esta es la experimentación anterior á la sanción y esto se llama también experimentación, porque cuando, durante cuarenta años, los congresos, los gobiernos, la prensa, la opinión, piden una ley, se puede decir que eso es una experimentación, cuando se funda también en la de los primeros pueblos de la tierra.

Pero viene después la sanción de la ley y el resultado de esa ley en la elección lo tengo aquí, nombre por nombre; pero no necesito leerlos, todos los conocen, y entre ellos figura el distinguido parlamentario que nos preside. Nos presenta un resultado numérico, diremos, sobre once que se eligieron, de seis de la oposición.

¿Están ó no representadas la minoría y aún las minorías? En las dos elecciones circunstanciales que se produjeron después, los diputados que vinieron fueron todos de la oposición: el señor Meyer Pellegrini, que es el hijo pródigo de la circunscripción, el señor O'Farrell, el señor Lanusse, me parece, etc.

Con este primer resultado obtenido, había renacido la vida cívica, se había poblado el comicio, que era el primer problema á resolver, según Pellegrini, porque el comicio estaba desierto... á todo eso proveyó esta ley, que fué tachada del punto de vista de la venalidad en el sufragio... lo que tuvo lugar después también en los otros sistemas y que parece que remediaría por completo el proyecto en discusión por medio del voto secreto... Y así hay que eliminar este argumento que se hacía contra la circunscripción, puesto que el mal queda eliminado. Y desapareciendo ese argumento, casi no queda ninguno.

Y como era tan buena la ley, se propuso su derogación:—encontrando el presidente Quintana, contra la opinión de los otros presidentes y de todos los parlamentarios del país, que era inconstitucional. Se pide la derogación y se deroga la ley.

Y aquí he de hacer notar—y por eso decía que sería interesante en este caso que el Poder ejecutivo fuera derrotado,—que con motivo de esta ley se produce un fenómeno poco edificante. Cuando se promueve la ley, tal vez contra los intereses políticos de los miembros del Congreso, en la administración de Roca, la presenta el ejecutivo y es

aprobada. La ley se ensaya con todo éxito y pide su derogación otro Poder ejecutivo, á los dos años, y es derogada. Ahora el Poder ejecutivo propone un sistema que nadie pide, que nadie conoce, aunque no es nuevo, no es un descubrimiento... y sería aprobado... es decir, no puedo saber si será aprobado:—pero si lo fuese, habríamos sancionado tres cosas contradictorias durante un corto número de años, siempre por iniciativas del Poder ejecutivo lo que—esto sí—no me parece muy elegante para el Congreso... (*Risas*).

El Poder ejecutivo, que encuentra ahora la necesidad de cambiar de sistema, toma del vasto muestrario—porque hay muchos sistemas, muchos artificios, muchos procedimientos para el régimen electoral—toma uno de los más falaces, como he demostrado, para propiciarlo ante el Congreso. De manera que cada Poder ejecutivo viene pleno de su programa y, como es natural, con antojos... (*Risas*.) Esto no ocurría cuando propuso Roca la ley de circunscripciones, porque era bajo una presión de años, y él había tenido muchos sucesos y no podía ya tener antojos... (*Grandes risas y aplausos*).

Ahora, respecto de la constitucionalidad... hay algo raro á observar.

En primer lugar, el señor ministro ha declarado que la democracia está muerta, lo que haría ya poco interesante, sinó muerta también, á la Constitución; puesto que la Constitución no es sinó la codificación de la democracia. Si la democracia ha muerto, la Constitución también. Y por eso la vela como un paladín el señor diputado por Córdoba, doctor Ferrer; y para probar después que no está muerta le hace hacer el baile más brillante de que tengan recuerdo las bancas el señor diputado Peña. (*Risas*.)

El señor diputado Ferrer dice que todo lo que no sea la lista completa es inconstitucional. Se funda para eso en la pluralidad de votos, que ya vemos como la invocan también el señor ministro y los que han sostenido la lista incompleta; y se funda sobre todo el señor diputado Ferrer, en que la Constitución ha establecido que las provincias son distritos electorales.

El artículo 37...

Sr. Ferrer—El 81, léalo también.

Sr. Costa—Seguramente me va á interrumpir ahora después el señor diputado. (*Risas*).

Dice la Constitución en su artículo 37, y este es el artículo eje de la discusión: «La Cámara de diputados se compondrá de representantes elegidos directamente por el pueblo de las provincias y el de la Capital, que se consideren á este fin como distritos electorales de un solo estado, y á simple pluralidad de sufragios». Lo cual, para el señor diputado por Córdoba, es ya la imposición de la lista completa.

Sr. Ferrer—Lea el artículo 81.

Sr. Costa—«El número de representantes será de uno por cada treinta y tres mil habitantes ó fracción que no baje de diez y seis mil quinientos». Me parece que se puede leer, sin interpretar, leer traduciendo; treinta y tres mil habitantes ó fracción que no baje de diez y seis mil quinientos elegirán un diputado. Esto no es interpretar, es traducir ó leer.

Y así que los mismos términos literales del artículo de la Constitución lleven ya á la elección por distrito ó circunscripción, es decir á la elección por unidad, unidad que la Constitución establece de treinta y tres mil habitantes. Cada treinta y tres mil habitantes tendrán un diputado, es decir, lo elegirán.

Sr. Ferrer—Lea el artículo 81.

Sr. Costa—Ahora me va á interrumpir ó no me va á interrumpir más el señor diputado.

Sr. Ferrer—El señor diputado lee lo que le conviene.

Sr. Costa—El señor diputado se refiere á la división en distritos; y yo digo precisamente, señor, que ahí está el fundamento de la elección por circunscripción, porque un distrito no se divide precisamente porque se subdivide, como no se divide un batallón cuando se subdivide en compañías, como no se divide un organismo cuando se subdivide en órganos y en células, sino que se mueve y anda, se concentra y actúa. (*Aplausos*).

No hay tal división del distrito, porque si se dividiera resultarían dos distritos, y siempre queda un distrito. Es la expresión del voto de ese distrito lo que se manifiesta por intermedio de esos subdistritos que obran á nombre

de él, y cuya expresión final es el distrito quien da lleva al Congreso.

De modo que me parece que esas interpretaciones tales como se las presentan y lo que terminó de parte del señor ministro una larga demostración de orden constitucional que hizo al principio de su discurso,—esas interpretaciones literales de la Constitución, son simplemente literales, y no vale la pena hacerlas en este caso.

El sistema de la circunscripción, ya sea como pluralidad de votos, ya sea como subdivisión del distrito en circunscripciones, es la misma interpretación que dan en la frase que acabo de leer, Avellaneda y Sarmiento, que dicen *subdistritos*.

A mí se me ocurrió este argumento de la subdivisión que es de sentido común. Y después lo encontré ratificado en el concepto de subdistrito que emplean Sarmiento y Avellaneda, aun cuando no hacen el argumento, puesto que nadie les había redarguido.

Estas disquisiciones de orden constitucional son más escolásticas que otra cosa. La interpretación constitucional debe hacerse en un sentido más amplio. Y les voy á dar tanto al señor ministro del interior, como al señor diputado por Córdoba doctor Ferrer, la base según mi criterio de cómo debe hacerse esta interpretación, en un rasgo que seguramente ellos conocen y aprecian más que yo todavía, que lo aprecio en mucho.

Le preguntaba al Divino Maestro—para ponerlo en aprietos, para procesarlo—si podría curarse á un enfermo en Sábado, y él contestaba, con su sublime buen sentido y con su elocuencia irrefutable de tribuno: «¡Si tu vaca se cae al pantano en sábado, la dejarás en el pantano por que es sábado!» Y el caudillo de los siglos, el campeón eterno de la libertad de espíritu, en faz del fanatismo y de la fórmula, concluía, breve é inmenso—«¡Es lícito hacer bien en sábado!» (*Grandes aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Así, señores diputados, dentro del sistema de la Constitución, es el bien y es lícito en el régimen electoral todo lo que esté de acuerdo con la elección directa del pueblo y con el sistema representativo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Ahora voy á ocuparme de un concep-

to que empleara en su discurso el miembro informante de la comisión, diputado por Buenos Aires, doctor Fonrouge, y que yo debo rectificar.

El dijo que nosotros éramos aquí los representantes de los oficialismos provinciales...

Sr. Fonrouge—¿Me permite?

Sr. Costa—No, señor no le permito (*Risas*) porque los argumentos que voy á hacer los va á aceptar el señor diputado, y va á estar de acuerdo con ellos. ¿Para qué va á tirar á la calle, entonces, una interrupción? (*Risas.*)

El señor diputado por Buenos Aires se achica... es más viejo que yo (*Risas*) aunque no lo parezca por razones de estética circunstancial que á él lo favorecen, y el señor diputado sabe mejor que yo que ha venido á esta cámara como he venido yo, traídos no por los oficialismos sino por nuestro viejo partido de la provincia de Buenos Aires, al cual los dos pertenecemos desde hace más de veinte años.

No sé si en este momento en la provincia de Buenos Aires hay un gobierno de partido ó un partido de gobierno. No sé si mi partido está ó no en el gobierno de la provincia de Buenos Aires. Sé que el partido á que pertenezco y no el oficialismo es el que me ha traído á la cámara.

Pero ahora le voy á decir lo que han representado en nuestra política inorgánica, lo que él llama los oficialismos de la provincia de Buenos Aires, y que yo denominaré, para emplear un término menos erudo, las situaciones, los gobiernos de Buenos Aires.

El gobierno de Buenos Aires es Mitre frente á Urquiza, vencedor de Caseros con diez mil veteranos á sus órdenes, sirviendo aquél en ese momento á lo que él estimaba que era el fuero de su provincia y de las provincias. Es Alsina frente á Mitre, escribiendo aquella carta, que como antiguo alsinista ha de recordar el señor diputado por Buenos Aires, y que explica por qué el pueblo se consagraba alrededor del gran caudillo, como se congregaban, decía Avellaneda, las muchedumbres romanas, alrededor del último de los Gracos! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*) Es Tejedor, frente á Avellaneda, sosteniendo lo que estimaba el fuero de su provincia y la

libertad política del pueblo de la Nación; y por eso, en el error ó no, se levanta su figura en el monumento á la consideración de todos los argentinos... (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas.*)

Es el doctor Dardo Rocha, quien ante la candidatura del doctor Juárez Celman, levanta la del ciudadano don Manuel Ocampo.

Y ahora se va á acordar mejor el señor diputado por Buenos Aires, porque llegamos ya á nosotros, y le voy á recordar que antes de la revolución del 90 le fueron á pedir á la situación de Buenos Aires, ó al partido político de la provincia, los delegados para formar el partido autonomista nacional, que entonces se reorganizaba bajo los auspicios del poder de la Nación; y recordará el señor diputado que los delegados de Buenos Aires no vinieron.

Y estalla el 90; la situación de Buenos Aires ve pasar la tormenta como *res inter alios acta*; en la provincia de Buenos Aires no se movió una paja, no se tiró un tiro, no se derramó una gota de sangre. Eso podría ser feudal, pero no era incondicional. Todos los guardias nacionales se agruparon alrededor de su gobierno constitucional, al que sostenía también la influencia política de un caudillo prestigioso. En un partido de la provincia de Buenos Aires, creo que en el de Areco, se alzó un grupo como de veinte hombres, levantado por un distinguido periodista y luchador, hombre político y de acción; se mandó un piquete del guardia de cárceles por el comandante en jefe de las fuerzas de Buenos Aires, ciudadano don Máximo Paz. Ese piquete disolvió el grupo, lo tomó, y comunicó al comandante en jefe de las fuerzas: «Lo tengo preso á Fulano; ¿qué hago con él?» Y el comandante le contestó: «Lárguelo por cenzo». (*Risas*). Lo largaron, y el revolucionario se vino á la capital con su telegrama.

Traigo este recuerdo para decir que tal era la situación de tranquilidad de la provincia de Buenos Aires, que este solo desorden se produjo, y fué resuelto de esa manera.

Cuando se agitó la lucha electoral, auspiciada por el poder de la Nación, y también por gran parte de la opinión pública se levantó la fórmula Mitre-

Uriburu, y la situación de Buenos Aires levantó la fórmula del Rosario, Mitre-Irigoyen, — para que Buenos Aires pensara por su cabeza; y cuando bajo los auspicios del poder de la Nación se levantara la fórmula Luis Sáenz Peña, la situación de Buenos Aires sostenía la fórmula Roque Sáenz Peña, — también para que Buenos Aires pensara por su cabeza.

Estos han sido, en nuestra historia política, los oficialismos de Buenos Aires frente al Poder central de la Nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) Porque, señor presidente, aun instintivamente, el ciudadano que se sienta en esa silla del gobierno de Buenos Aires, como que es el Estado más rico, más populoso y de más gravitación, se siente autónomo y se inclina á tomar una actitud que viene á ser, por la dinámica de las cosas, en sostén del federalismo ó del equilibrio del sistema federal.

Porque, señor, en el gobierno de Buenos Aires es cuestión de arias y no de alabanzas al señor, y si el gobernador de Buenos Aires quiere que lo sigan, no ha de ponerse detrás!

Se hizo, pues, como decía antes, bajo el sistema de la lista incompleta, la evolución de las provincias hasta el 80, y después del 80, en que las provincias se abatieron y el poder central gravitó exclusivamente, hasta que estalló el sistema y vino la revolución. Y es curioso observar que en estas sociedades nuevas, como trasplantadas, la evolución que se hace en siglos en las sociedades viejas, se haga en breve período de tiempo. En Francia, la evolución del feudalismo al centralismo se hace de la misma manera: el poder central, la monarquía, empieza á gravitar y á abatir los feudalismos, hasta que llega Enrique IV y después Luis XIV que concentran todo el poder del Estado, con todo el vigor de tales reyes. Pero el poder central ya gravita demasiado y sólo esas manos pueden sostenerlo; viene Luis XVI y la revolución. Y así se tiene el proceso del feudalismo al centralismo y á la revolución, tal cual aquí se ha tenido el proceso del federalismo al centralismo y á la revolución.

Esa es la evolución, examinada, no con la elocuencia del señor diputado por Córdoba, doctor Peña, pero examinada de una manera exacta.

Y voy á puntualizar este examen entrando en la misma actualidad, y observándola en orden al personalismo y á los partidos políticos, hasta llegar al presente momento.

En un ciclo relativamente breve, el país perdió á Alsina, á Avellaneda, á Sarmiento, á del Valle, á Alem, á Mitre, á Pellegrini, á Quintana: tribunos, agitadores, hombres de gobierno.

La opinión pública quedó como exánge, como en síncope ó en catalepsia. Entonces floreció esta tesis: eliminación del personalismo: lo que para mí vale tanto como decir eliminación de la democracia, porque ya lo dijo aquí Clemenceau, la democracia necesita jefes.

Esos jefes, son lo que aquí hemos llamado caudillos, y que han sido malos, y que han sido buenos, y que en inglés se llama *leader*, y por eso parece más lindo. (*Risas*).

Pero, floreció la tesis. Y el personalismo no solamente fué eliminado, sino también reemplazado, pero reemplazado por el gobierno, que como por arte de prestidigitación, sin saberlo, tal vez sin quererlo, se encontró en un momento dado con que tenía en el bolsillo partidos, provincias y pueblo.

Hasta que, por una evolución feliz, el Poder ejecutivo, la presidencia de la República—porque yo no digo de la Nación—(*Aplausos en la barra*), la presidencia de la República ha sido investida en la personalidad más conspicua que quedaba hecha en su generación, la misma que venía siendo indicada desde veinte años atrás; y así podría decirse que ha venido al gobierno, fuera de otros factores, como por el destino de las cosas... diría, por hacer un floreó, como por la gracia de Dios! (*Risas*).

Y el personalismo se hizo gobierno; porque el personalismo, tal como yo me lo defino, es como un guiso de liebre que necesita la liebre, necesita en primer término la personalidad, y habiendo personalidad, por la recíproca, hay siempre personalismo.

Bueno, se hizo gobierno. Un gobierno en que el ejecutivo se llama gobierno, en que la Constitución se llama razón de estado; un gobierno supremo, como místico, ó mágico, inspirado en la virtud, en el patriotismo, en el bien público, ó salud pública, y aspirando á

la restauración del sufragio por esta vez, ilustre restauración; y no ya á la intervención en las provincias, sino á la reconstrucción de las provincias y de la sociedad política; tarea máxima, para la cual, no habiendo pueblo, se necesita que el gobierno sea una de estas dos cosas: ó la facultad extraordinaria, ó la revolución.

La opinión pública, instintivamente, define á este gobierno en el segundo concepto, y por eso, así enervada, le presta su apoyo latente.

A mí me parece, señor presidente, que este gobierno no sólo puede ser histórico, sino que es uno de los más raros de la historia, tal vez único, como que iría hacia la libertad política por medio de la facultad extraordinaria, que es como ir hacia el gobierno propio por medio del gobierno discrecional, que es, concretando, como ir al gobierno para todos por medio del gobierno para mí.

Y me sucede, como á muchos, con este gobierno lo que á aquel paisano á quien le hacían los tanteos preliminares de una operación, (*Risas*) y el médico le preguntaba si le dolía, y él contestaba con una tosesita—más bien me gusta. (*Risas y aplausos*.) Yo digo, señor presidente, que á mí todo esto más bien me gusta (*Risas*), y aun me parece que el Poder ejecutivo ejecuta poco; por eso no me gusta tanto cuando el señor ministro viene y rectifica y recoge velas, como he hecho notar en algo que ha dicho en su discurso.

Si vivieran aquellos que he nombrado, la tarea podría simplificarse por acción del pueblo, que tenía en ellos concentraciones y direcciones.

Ahí quedan los que quedan—Roca, Paz, Ugarte, Villanueva, Hipólito Irigoyen, Udaondo, Palacios, en las provincias, Hernández, Carbó, Leiva, Freire, Latorre, Civit, Vidal, etc., todos los que concentran voluntades, á ver si demuestran, como alguna vez he dicho, que la libertad política se toma y no se da, y que el gobierno propio no es asunto de gobierno.

Voy á terminar, señor presidente. Creo que he hablado como siempre, sin espíritu de oposición, pero con libertad de espíritu. No sé si mi palabra ha de desagradar al señor ministro del interior...

Sr. Ministro del interior—De seguro que no.

Sr. Costa—... ó al señor presidente de la República. Lo sentiría, pero no lo creo. Y no lo creo, porque ni el señor ministro del interior, ni el señor presidente de la República han de haber perdido en las alturas el gusto de la altivez. (*¡Muy bien!*) Podría el señor ministro del interior recordarle al señor presidente de la República que esta es la misma palabra sincera y altiva que en 1892 dijera la fórmula del modernismo en faz del poder oficial y de las grandes influencias tradicionales! (*¡Muy bien! Aplausos*). Es la palabra del mismo ciudadano que entonces, sin pactos ni ambiciones, ni más norte que el bien de la patria, levantara la candidatura del actual presidente de la República como la expresión de altos anhelos de las nuevas generaciones; (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) y que ahora, señor, al verlo en la cúspide, realizado en los ciclos del tiempo aquel pensamiento político, no puede desearle sino acierto y gloria. Y esa misma palabra sincera le dice que en esos pequeños campanarios de la República, en esas comunas, hijas de los cabildos españoles, está el pueblo argentino, cuyo plebiscito él busca con afán patriótico. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) Le dice—y si fuera su íntimo consejero se lo pediría para su grandeza—que haga lo que hizo el año 21 el general Martín Rodríguez al frente del gobierno de Buenos Aires: que se despoje de la facultad extraordinaria con que lo inviste como un presente griego la inercia de los tiempos, y que entregue la soberanía del pueblo á la acción del propio soberano, concurriendo á darle esta ley por distritos, que es el gobierno del pueblo por el pueblo, como la mejor síntesis del cumplimiento de su programa de gobernante. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Y doy gracias al cielo, señor presidente, que me ha permitido, al finalizar mi período parlamentario, concurrir con los señores diputados que piensan como yo, á sostener en mis débiles manos esta gran causa de las comunas, con las que la vieja Inglaterra ha fundado la libertad para ella y para el mundo, y en las que está, como en la raíz de las cosas y como en la vertiente del manan-

Reunión núm. 62

CAMARA DE DIPUTADOS

Noviembre 17 de 1911

tial, el gobierno propio y el parlamento libre para el pueblo argentino!

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos y repetidos bravos en las bancas y en las galerías. El señor ministro del interior y muchos señores diputados felicitan al orador.*)

Sr. Presidente—Queda levantada la sesión en atención á la hora.

(*Al abandonar el recinto los señores diputados, se repiten las manifestaciones y los aplausos al señor diputado Costa.*)

—Son las 7.35 p. m.